

—Transatlántico.



Presentación

En el marco del programa “Un país en una ciudad” con el que el CCPE celebra este mes de octubre su XX aniversario, el presente número de *Transatlántico* selecciona textos de escritores españoles —inmigrantes, viajeros, visitantes— que recorrieron y contaron Rosario, desde la pequeña villa que fue en 1801, cuando Pedro Tuella la describió por primera vez, hasta la actualidad. La antología contó con los aportes de Agustina Prieto, a quien agradecemos su colaboración.

Pedro Tuella censa la primitiva población de la Capilla en **1801**. **Manuel de Almagro** pasa camino a Córdoba en **1862**. **Federico Rahola** se sorprende por las modernas construcciones en **1903**. **Juan Biale Massé** describe la clase obrera en **1904**. **Vicente Blasco Ibáñez** no encuentra otro interés que el de los negocios en **1909**. **Santiago Rusiñol** ve montañas de trigo en **1910**. **Adolfo Posada** coloca en el centro la Bolsa de Cereal en **1922**. **Eduardo Miragaya y Francisco Solanes** entrevistan a Sebastián Gana, un “archivo viviente”, en **1934**. **Jorge Carrión** degusta un surubí en la costa en **2004**. **César Rendueles** se hace cargo del tamaño del río en **2011**. **Carlos Pardo** vuelve a la adolescencia en **2011**. **Xosé Manuel Núñez Seixas** estudia la inmigración española en Rosario en **2013**.

Staff

Consejo editorial: Martín Prieto, Cecilia Vallina, Nora Avaro.

Secretaria de redacción: Nora Avaro.

Lectura final y corrección: Gastón D. Bozzano.

Editor de imágenes: Héctor Río.

Diseño: Estudio Cosgaya (<http://www.cosgaya.com>)

Impresión: Cooperativa Gráfica Patricios

ISSN: 1853-9955

Transatlántico agradece al secretario de Producciones, Industrias y Servicios Culturales Pedro Cantini y a Espacio Santafesino Ediciones del Ministerio de Innovación y Cultura de la provincia de Santa Fe el acceso a los archivos fotográficos digitales que permitieron ilustrar parte de este número; a Carina Frid y al CEHIPE; al Museo de la Ciudad.

Pedro Tuella y Monspesar (Villa del Naval, Huesca, 1738 - Rosario, 1814) llegó al poblado del Rosario hacia 1759. Fue el primer historiógrafo y maestro de la ciudad. En 1814 se hizo cargo de la escuela de la Capilla y años después de la administración de las Reales Rentas de Tabaco y de la Receptoría de la Real Hacienda. Fue colaborador del primer periódico de Buenos Aires el *Telégrafo Mercantil, Rural Político Económico e Historiógrafo del Río de la Plata* donde publicó en 1802 su “Relación histórica” de Rosario. En 1891, el intendente Gabriel Carrasco asignó su nombre a una de las calles del barrio Lisandro de la Torre de la ciudad.

Este lugar de Nuestra Señora del Rosario de los Arroyos, que por ser ya un pueblo bastante crecido, se avergüenza de que se le denomine Capilla, está a setenta leguas de Buenos Aires, sobre la barranca del gran Paraná, a la banda del Sur, en los 32 grados y 56 minutos de latitud y en los 318 poco más ó menos de longitud de la Isla de Hierro.

El sitio que ocupa es muy delicioso por la vista que tiene, pues domina las aguas de este majestuoso río y a las tierras de la banda del Norte, desde la altura de veinte y dos varas cuando el río está en su estado medio.

Su jurisdicción, no contando más de lo que en el día (1801) está poblado de estancias, es de veinte leguas en cuadro, cuyos límites son, al Norte el Paraná; al Sudoeste el Arroyo del Medio, o la jurisdicción del pueblo de San Nicolás; al Sudeste las Pampas, pero en este rumbo es indefinida la jurisdicción, y en ella se encuentra el fuerte Melincué; y al Norte el río Cara-cará-a.

El Paraná y todos los ríos que entran en él, toman sus nombres del idioma guaraní: Carcarañá ni Carcarañal nada significan en dicho idioma, y Cara-cará-Añá, sí, porque es nombre compuesto de dos palabras perfectamente guaraníes, que quieren decir carancho diablo.

La primera tierra agradable



Y si de algún país se debe de hacer memoria distinguida con preferencia en la historia de la Argentina, lo merece sin disputa este, en que se halla situado este pueblo; pues parece que desde el principio del descubrimiento del Río de la Plata, la Providencia ha ordenado de intento los acontecimientos, para enseñarnos que el hombre civilizado que habita esta tierra, nada echará menos de cuanto pueda apetecer para su consuelo, comodidad y delicias.

Cerca de este lugar fue donde en esta Provincia se enarbó por primera vez el estandarte de nuestra redención, pues por aquí fue donde en el año 1527 Sebastián de Gaboto levantó la primera fortaleza en nombre del Rey de España, a la que llamó de Sancti Spíritus; sin duda porque desde que embocó con sus navíos por el Río de la Plata (hasta entonces de Solís) no encontró paraje más agradable para el designio de poblar, que aunque primero arribó al Río de San Salvador en la banda del Norte del de la Plata y allí se fortificó, parece que no llevó mira de poblar allí, sino de resguardar los navíos que dejaba mientras que iba a descubrir Paraná arriba; esto se infiere de que a aquella fortaleza no le dio nombre, sino solamente al río, y a ésta sí que no sólo tuvo el de

Sancti Spíritus, sino también el de Gaboto, nombre que hasta el día de hoy conserva el lugar en que estuvo dicha fortaleza, y cuyas ruinas aún se reconocen.

A esta circunstancia digna de perpetua atención, de haber sido este pa los primeros descubridores del gran Paraná, se debe agregar con reflexiones dignas del caso, la de haber salido a este mismo paraje Francisco de Mendoza y los suyos en el año de 1546 viniendo al descubrimiento de estas tierras desde el Perú; de manera que en esta provincia del Río de la Plata, este es el primer suelo que señalaron, tanto los primeros que vinieron de Levante como los primeros que vinieron de Poniente.

(...) Hacia el año de 1725 se descubre el principio de este pueblo que fue en esta forma. Había por las fronteras del Chaco una nación de indios reducidos, pero no bautizados todavía, llamados los Calchaquíes, o Galchaquiles a quienes hacían guerra e incomodaban mucho los Guaycurús, nación brava y numerosa.

Era de los Calchaquíes muy amigo don Francisco Godoy, y por libretarlos de estas extorsiones, los trajo a estos campos, que estaban

Imagen de tapa: Detalle del Mapa de las provincias jesuíticas de América meridional, autor anónimo, 1760. Archivo Histórico de Loyolla, Azpeitia, España.

*Collection: David Rumsey Historical Map Collection
Author: Faden, William, 1750?-1836; Delarochette, Louis Stanislas d'Arcy
Date: 1807
Short Title: Sheets 1-8. South America.
Publisher: William Faden, London*

defendidos de los Guaycurús por el río Cara-cará-a, que les sirve como de barrera. D. Francisco Godoy se vino con ellos y con su familia, a quienes siguió la casa de su suegro que se llamaba D. Nicolás Martínez. Este fue el principio de este pueblo; y no sería mucho si entre sus glorias hiciese vanidad de tener su origen de un personaje que tenía el ilustre apellido de Godoy.

Tras éstas no tardaron en venir otras familias que entablaron estancias, porque a lo agradable de estos campos se les juntaba la conveniencia de tener subordinados, o diré aliados, a los Calchaques, que eran guapos, y conducidos por los españoles defendían estas tierras contra todo insulto de los indios infieles: de forma que ya fue preciso fundar aquí un curato, y efectivamente, en el año 1731 se colocó por primer Cura de este pueblo a don Ambrosio Alzugaray.

Un rancho pequeño cubierto de paja fue la primera capilla que sirvió de parroquia, en cuyo altar se puso una imagen de Nuestra Señora de la Concepción. Los indios Calchaquíes tenían en sus tolderías una imagen del Rosario, que aunque de escultura ordinaria, le pareció al dicho señor Cura, era más decente que la de la Concepción, por lo que hizo empeño en trocarla por la del Rosario, y habiéndolo conseguido de los indios, no sin muchos ruegos y sagacidad, la colocó en su parroquia: y desde entonces se llama este lugar la Capilla del Rosario.

Tenían los Calchaquíes sus tolderías en distancia de cuatro a seis cuadras de la capilla de los españoles; pero luego que se fue aumentando este vecindario, ya no era posible que españoles e indios habitasen en un mismo lugar y fue preciso destinarles a éstos la costa del Caracará-a, en donde se les hicieron habitaciones, y porque allí se bautizaron, se les hizo también su oratorio, y fue su cura el padre fray Pablo de la Cuadra, religioso francisco.

Estos indios, en lugar de aumentarse se fueron acabando poco a poco, de manera que en el día apenas hay memoria de ellos.

Habiéndose arruinado la primera capilla de los españoles, fue preciso hacer otra, que es la que actualmente existe (1801).

Se concluyó en el año de 1762, siendo ya cura el doctor don Francisco de Cossio y Therán, que conforme a aquellos tiempos, la hicieron de tapial y sin cimientos, por lo que está amenazando ruina; y por esto de necesidad se halla empeñado este pueblo en el día, como queda insinuado, en hacer iglesia nueva, que se fabricará con toda la solidez y belleza que sea posible, a proporción de las limosnas con que quieran concurrir los devotos de esta milagrosa Señora del Rosario, Reina y Patrona del gran Paraná.

Este vecindario se ha ido aumentando al paso que han tornado estimación las haciendas de la campaña, y por esta razón se ha incrementado considerablemente desde que el renglón de muías tiene estimación.

El número de habitantes, que se halla en las veinte leguas cuadradas a que se han extendido hasta el presente (1801) las estancias, con inclusión de los que viven en ochenta entre casas y ranchos, que componen el lugar que se llama la Capilla, es el que se expresa en la razón siguiente que con distinción de edades, sexos y castas está formada con toda la exactitud que ha sido posible:

Españoles	Varones	Hembras	Total
	Desde la menor edad hasta 15 años	693	678
Desde 15 años hasta 60	1945	1375	3320
De 60 á mayor edad	107	136	243
Indios de ambos sexos y de todas edades			397
Pardos libres de toda edad			274
Morenos libres de toda edad			9
Esclavos pardos libres de toda edad	84	55	139
Esclavos morenos libres de toda edad	59	67	126
Total de almas			5879

A más del colegio de padres misioneros, hay en esta jurisdicción cuatro oratorios que en todos se puede decir misa.

Hay en ella ochenta y cuatro estancias, fuera de muchos más ranchos de gente pobre. De las dichas estancias se saca de diezmo anual-

mente al pie de ochocientas muías, y más de tres mil cabezas de ganado vacuno, sin hacer cuenta del ganado lanar, que es mucho el que hay en toda la jurisdicción; pero como apenas tiene estimación, porque a la lana no hemos sabido hasta ahora darle todo el valor de que es susceptible, no se puede el ganado lanar contar por riqueza.

El clima o temperamento de este lugar puede compararse con el de Buenos Aires, aunque en algunas consideraciones le hace ventaja; porque estando en la eminencia que resulta del declive del Paraná en las 70 leguas que corre desde aquí a Buenos Aires, y apartado de los vapores del mar, no es tan húmedo; y por esto no se ve aquí la atmósfera cargada de nublados; pues aquí raro es el día que deja de verse el sol.

Puedo afirmar que en el número de los senectarios de la antecedente razón, se incluyen a lo menos más de veinticinco que pasan de ochenta años de vida.

Cinco personas han muerto aquí de diez años a esta parte, que en sentir de todos vivieron más de cien años, entre ellas María Moreira, de quien afirman sus parientes que cuando murió tenía 120 años. Pascual Zabala se enterró á principios de Octubre de este año, que fue uno de los primeros que vinieron a poblarse en esta tierra y tenía ya entonces nietos casados; y los más ancianos sacan por cuenta que ha muerto de 180 años, con la circunstancia de que dos meses antes de morir montaba con la agilidad de un mozo en caballos briosos; y no se puede dar mejor prueba de la benignidad de este temperamento, que la larga vida que aquí han gozado estas personas.

Sin embargo hemos de confesar que en este lugar se experimentan tormentas terribles de vientos furiosos, truenos y rayos, que vienen por lo regular en Noviembre, de las partes del Sudoeste, cuando después de mucha seca ha soplado algunos días seguidos el Norte.

¡Admiración causan cuando llegan a enfrentar con el Paraná estas tormentas!

Parece que se sorprenden llenas de respeto hacia la majestad de este río; remolinan las nubes, y a cual más disparan su artillería por saludar al Paraná con cañonazos.

Estas tormentas espantosas han cesado, gracias a Dios, de ocho años a esta parte.

También los mosquitos de trompetilla a veces incomodan, por Febrero regularmente, pero no todos los años, y esto solamente por la costa del Paraná.

El terreno de su naturaleza es liberal, franco y generoso, de manera que no solamente hasta ahora por sí solo se ha tomado el cuidado, digámoslo así, de sustentar a sus habitantes, sino que promete al hombre incalculables riquezas, siempre que con su sudor se las pida, de cuya certeza son testimonio los cortos ensayos que hasta ahora ha hecho el labrador, de los tesoros que podrán sacar de este terreno sus fatigas.

El trigo, siendo el año bueno, y estando la tierra bien cultivada, ha habido ejemplares que da cincuenta por uno, la cebada lo mismo, y el maíz más que todo; garbanzos y toda legumbre, y toda hortaliza se cría en esta tierra con maravillosa lozanía: es apta para algodón porque cuando por casualidad han caído semillas donde han podido arraigar, han dado las plantas abundantes y hermosos capullos; parrales y todo árbol frutal de los que hasta ahora enriquecen esta provincia, y cuyo origen es de España, prevalecen también con frondosidad. Pero por desgracia todo árbol frutal, menos la higuera y toda planta que pertenece a huertas y jardines, tienen en esta tierra un enemigo terrible en el más aborrecible de los insectos.

La hormiga negra, digo, ese vicho vil, que por su configuración y color se parece a los granos de pólvora, se quiere apostar con ella a hacer estragos, es quien todo lo devora y arruina. En aquellas plantas en que el hombre pone su mayor cuidado, allí es propiamente donde tiene mayor inclinación a hacer destrozos, de suerte que contra la hormiga negra ninguna precaución es suficiente.

Después que el hombre se ha esmerado en criar una parra, un granado, una planta de rosa, y otras cincuenta cosas para su regalo y recreo, la hormiga que como los ladrones se aprovecha de la noche, da un avance a los encantos del hombre, se los destruye, y adiós delicias y conveniencias.

Esta plaga que según creo es general en toda la provincia, debería ocupar la atención del gobierno, obligando a cada vecino a destruir dos o tres hormigueros al año, hasta que se extinguiesen, si posible fuese bajo la pena de diez pesos, que se aplicarían para premiar a aquellos que, a más de lo que destruyesen por obligación, se aplicasen a destruir otros.



Pedro Tuella: "Relación histórica del pueblo y jurisdicción del Rosario de los arroyos en el gobierno de Santa Fe", en *Telégrafo Mercantil, Rural Político Económico e Historiógrafo del Río de la Plata*. Publicada en dos entregas: la n° 15, del domingo 11 de abril de 1802 y la 16, del domingo 18 de abril. Reproducida en *Anales de Carrasco* y, como folleto-libro, en una edición de Ayra, Rosario, 1944. (Leer la relación completa en: <http://ccpe.org.ar/>)

Al pie de la barranca del Paraná hay varias praderas que nunca las cubre el agua de las crecientes. En ellas siempre hay verdor, porque siempre tienen humedad, y los vapores del río las defienden de las heladas.

Lo mismo sucede en los campos que hay en las islas, que quedan libres de las crecientes, y si en estas tierras se sembrase cáñamo y lino, me parece que no se había de malograr el trabajo.

Más digo, me parece, que si en ellas se plantasen morales para alimento de los gusanos que crían la seda, habrían de prevalecer mejor que en parte alguna de esta provincia: la razón es, porque el temperamento de estas praderas y campos de las islas, es templado, y se asemeja más que a otro al de Valencia y Murcia.

En las veinte leguas cuadradas que hasta el presente están pobladas de estancias en esta jurisdicción, como queda dicho, se hallan un río y siete arroyos que todos entran al Paraná con dirección de Sudoeste a Norte. La distancia de los unos a los otros es ésta: desde el río, que es el Cará-cará-añá, y siguiendo la corriente del Paraná, a las cuatro leguas se halla el arroyo llamado de San Lorenzo, y aquí está el colegio de los padres misioneros; después a tres leguas se sigue el arroyo de Salinas, que tiene buen puerto para las embarcaciones del Paraná; síguese el Saladillo a distancia de dos leguas en cuya inmediación está la capilla del Rosario; pasado el Saladillo, a una legua, el arroyo de Frías, dos leguas más allá el Arroyo Seco, pasado éste, a las cuatro leguas, el arroyo Pavón; y otras cuatro desde Pavón al Arroyo del Medio, que divide la jurisdicción de Santa Fe con la de Buenos Aires.

Estos arroyos, a quienes impropriamente se ha dado el nombre de arroyos, no son otra cosa que unos barrancones que ha formado el desagüe de los campos cuando llueve, de manera que entre tantos arroyos se mueren de sed estos campos; pues no hay más aguas en ellos donde poder abreviar los ganados que la que se recoge en algunas lagunas, o más bien charcos, que dejando de llover un mes se secan lagunas y arroyos.

En casi todos los veranos se padece seca en este país, y por esto los labradores chacareros que son los que siembran maíz, zapallos, melones y sandías, se temen sembrar por Octubre, que es el tiempo más oportuno para estas siembras, por no exponerlas, antes que los frutos sazonen, a la seca de Enero, que la tienen por infalible todos los años.

Pero la mayor calamidad está en las derrotas que padecen las haciendas del campo, sedientas, en busca de agua.

Al Paraná es donde se abocan y también centenares de avestruces y venados que vienen ciegos de sed de adentro de las pampas. En siendo grandes estas secas, hay mucha mortandad de ganados por las flacuras que padecen, que como están sujetos a rodeo, no se les da licencia de ir en busca de agua sino a extrema necesidad.

Cuando han vuelto a coger agua los campos, como los ganados se han revuelto de un rodeo con los otros, no atinan con sus querencias; y aquí es cuando los estancieros tienen un trabajo inmenso en recogerlos, en que siempre tienen pérdidas, porque los ladrones cuatreros se aprovechan de estas ocasiones para hacer sus tiros.

Y si los moradores de este considerable territorio viesen que está en su mano el remedio de esta calamidad, si comprendiesen que con facilidad y sin mayores costos pueden tener, no sólo aguadas permanentes para abreviar sus haciendas, sino también para regar sus campos, más para poner molinos y otros ingenios ¿cuál debería ser el reconocimiento con que deberían en este caso, tributar gracias al autor de la naturaleza, que les proporciona estas conveniencias? Pues el punto está en que pueden disfrutar de ellas, o yo estoy ciego, voy a explicar lo que concibo en el caso.

He dicho que este territorio forma un cuadro de veinte leguas por frente y que sus cuatro frentes son el Paraná, el Arroyo del Medio, la frontera de las pampas y el río Cará-cará-aSu superficie es llana, sin más desigualdades que las que causan las lomas, las cuales están rodeadas de valles y cañadas.

Las lomas son de pequeña elevación, y todas tienen dirección de Sudoeste a Norte, que es el mismo rumbo que traen las aguas por las cañadas de que se forman los arroyos hasta que entran en el Paraná; luego la mayor elevación de la superficie del cuadro, como lo enseñan las comentes, es la parte de hacia donde vienen los arroyos, que es el frente que mira a las pampas, paralelo al Paraná.

Después de esto, pongamos la mira en el río Cará-cará-a que viene de las sierras de Córdoba, y trae el nombre de río Tercero, hasta que

en el paraje nombrado la Esquina de la Cruz Alta, entrando en esta jurisdicción del Rosario, lo muda en el de Cará-cará-a 7, como efectivamente es así, es la dimensión que corresponde a cada frente, por los cuales lados corre el agua progresivamente empezando el Cará-cará-aa, que es punto en que empieza a hacer frente de nuestro cuadro, hasta la confluencia oCará-cará-a; luego atendiendo a la declinación de estos ríos, el punto más elevado está en la Esquina de la Cruz Alta, por donde empieza el agua a descender por los lados del ángulo.

De la primera deducción tenemos que en la superficie de este cuadro hay declive general desde el frente que mira a las pampas hasta el Paraná respecto a que los arroyos traen una vertiente desde aquel frente a éste.

De la segunda deducción tenemos que el punto más elevado de este cuadro está en la Esquina de la Cruz Alta; y para confirmación de esto expongo, que el Arroyo del Medio, y el de Pavón, que son los arroyos que más distan de la Esquina de la Cruz Alta, y que como los demás se forman dentro de los términos de este cuadro por el desagüe de los campos, son los que traen más agua que los otros arroyos, lo cual es una prueba evidente de que hacia los arroyos del Medio y de Pavón, tienen estos campos la mayor declinación; luego no hay, ni puede haber duda de que el punto más elevado de toda la superficie de este cuadro está en la Esquina de la Cruz Alta, en donde toca el Cará-cará-aal venir de Córdoba.

Este río por verano, que es cuando padecen seca estos campos, siempre viene crecido, y ya no necesito decir más para que se comprenda que de él se puede sacar cuanta agua se quiera por acequias, y conducirla por todas partes, hasta traerla a la Capilla, y en el salto de las barrancas del Paraná formar molinos y otros ingenios. Ninguna insuperabilidad se presenta a este importantísimo proyecto. El Cará-cará-añá no tiene barrancas en la Esquina de la Cruz Alta, que es muy en abono del proyecto, y al pasar por allí se derrama por los campos cuando viene muy crecido, como quien dice: pueblo del Rosario! ¿por qué no me llamas? No ves que deseo visitar tus tierras, y hacerte feliz? Abreme la puerta.

Si se ofreciese clavar palizadas para hacer represas, o puentes para atravesar las acequias, los montes de Santa Fe tienen cuanto ñandubay se necesite, cuya madera debajo del agua, primero se petrifica que se pudre: y sino, en cualquier parte se hacen ladrillos, y para argamasas el Paraná tiene infinita arena, y Córdoba dará toda la cal que se quisiese a cambalache de ganado vacuno, del que en breve no cabrían en estos campos si se verificase el proyecto.

Otro proyecto me ocurre, también de suma conveniencia: los primeros que aquí se poblaron erraron en la elección de sitio, porque una legua hacia donde se halla el arroyo de Salinas es mejor lugar por varios títulos, especialmente por el buen puerto que allí hay para las embarcaciones del Paraná, requisito esencialísimo que no tiene este lugar donde está la Capilla; y por esto no tiene comercio con las dichas embarcaciones, pues rara es la que aquí arriba. Es de tal forma desamparada esta playa que no se puede asegurar en ella siquiera canoas; porque las suestadas alborotan al Paraná a lo infinito, y las olas las hacen pedazos contra la tierra. Pero por fortuna hay remedio, y se puede hacer un puerto tan seguro como el mejor del Paraná.

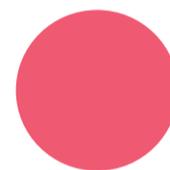
Al pie de estas barrancas se encuentra infinidad de piedras, muchas de tal mole, que serían precisos barrenos para despedazarlas.

Estas piedras a quienes todos desprecian por inútiles en su concepto, yo no obstante las miro con estimación, porque pueden servir para cimientos de edificios, y sobre todo porque me consta que son calcáreas.

Pero mientras no se les da otro destino, hagamos uso de ellas para formar una isleta artificial enfrente de esta Capilla, de forma que entre la isleta y la parte de tierra quede una canal en donde puedan entrar embarcaciones para estar al reparo de todos los vientos.

Esta obra no sería muy costosa, pues con una o dos balsas formadas de canoas se traería por el mismo río de la distancia de menos de cuatro cuerdas cuanta piedra fuese menester para levantar la dicha isleta.

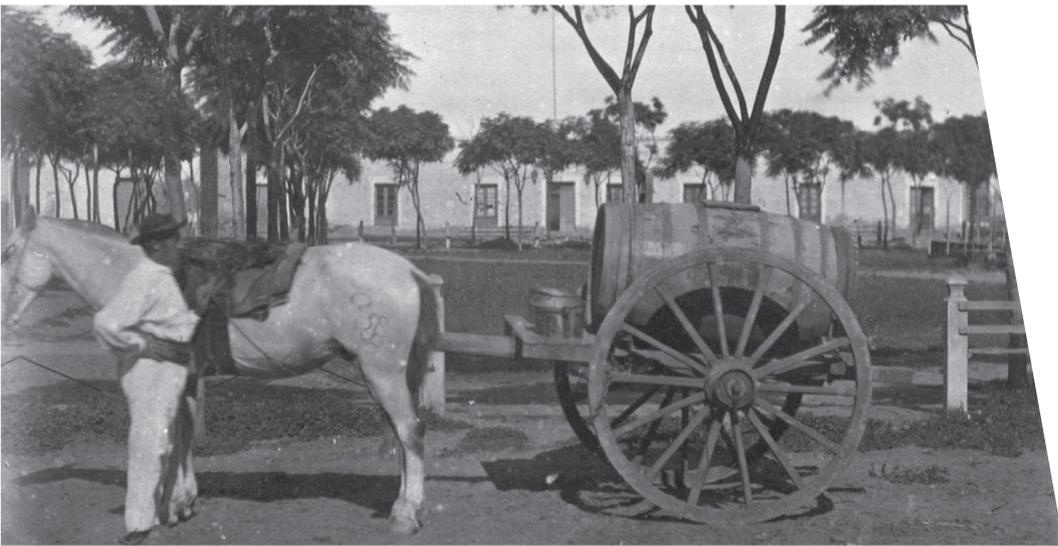
Cuando el Paraná está bajo sería la ocasión más oportuna para hacer esta obra, porque entonces hay más piedras descubiertas, y también entonces a la canal se podría dar excavaciones para hacerla más profunda, cuyos escombros se irían acumulando sobre la misma isleta, en la que también se clavaría estaquería de sauce verde, que luego prenderían y serían otros tantos sauces.



1866



"Rosario de Santa Fe", litografía de Eduardo Fleuty, 1875. Museo de la Ciudad de Rosario.



Carro de aguador en la calle Comercio (hoy Laprida) y Santa Fe, George H. Alfeld, Rosario, 1866. Álbum Recuerdos del Rosario de Santa Fe. Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc».



Bajada natural al río a la altura de la calle Buenos Aires, autor anónimo, Rosario, 1868. Escuela Superior de Museología de Rosario.

A 80 leguas de Buenos Aires, a 112 de Córdoba



Playa de carga y depósito de la Aduana (detalle), George H. Alfeld, Rosario, 1866. Álbum Recuerdos del Rosario de Santa Fe. Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc».

Manuel de Almagro (Cuba, 1834-1895), médico y antropólogo, llegó a Rosario hacia 1862 como miembro de la *Comisión Científica del Pacífico* enviada a América por la Corona española y escoltada en sus tramos argentinos por el gobierno de Mitre. La travesía contemplaba los destinos de Canarias, Cabo Verde, Brasil, el Río de la Plata, la Patagonia, Islas Malvinas, Cabo de Hornos, Chiloé, costas de Chile y Perú y California. Durante la expedición, Almagro reunió una notable colección etnográfica para el Museo de Historia Natural de Madrid y redactó la memoria oficial del viaje.

La variada topografía de esta república permite que los productos del suelo sean diferentes; así es que en las provincias de Corrientes y Entre-Ríos se cultiva la yerba mate y algodón, caña de azúcar y café en la de Tucumán y Salta y producciones de climas templados en las de San Luis y Mendoza. Los minerales de plata, cobre y oro son abundantes en las de San Juan y La Rioja.

La importación consiste en la mayor parte de objetos europeos, que animan un numeroso y rico comercio, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires: ésta es una gran ciudad, de más de 150.000 habitantes. Hermosas calles, buenos edificios y monumentos, bellos paseos, museo interesante, varios teatros, etc., constituyen, con un cómodo y rico caseo, la más importante población española de la América meridional.

El presidente de la República, Bartolomé Mitre, nos facilitó medios para nuestras tareas científicas,

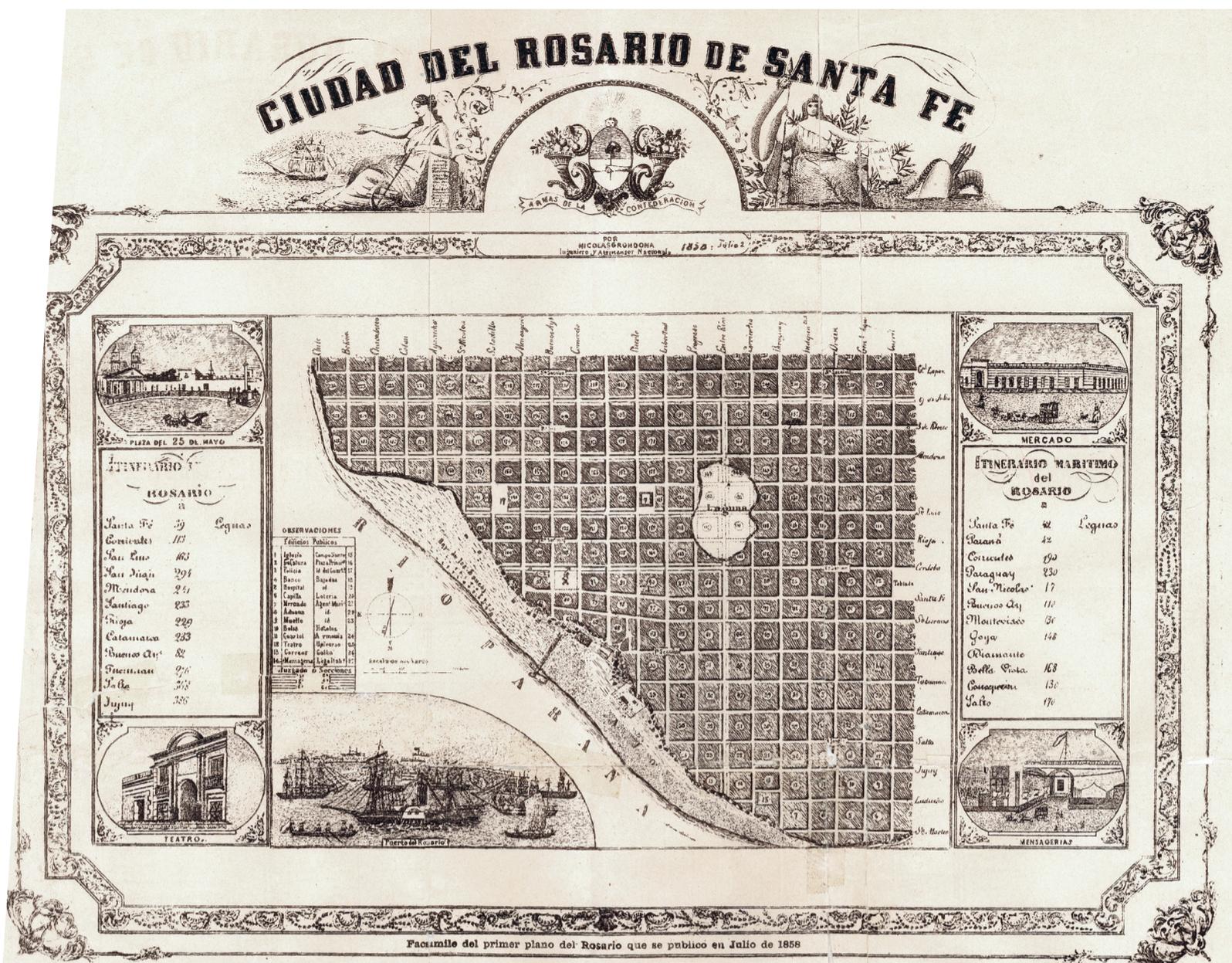
y entre otros, hizo que nos reuniéramos en su casa con varios jóvenes indios de las toldeñas de Patagonia y del Gran Chaco, que él había hecho venir allí para educarlos convenientemente, y enviarlos más tarde a sus comarcas, para contribuir de ese modo a la civilización de esas naciones, siempre refractarias a ella. Mucho tiene que ganar la nación Argentina por la gran ilustración y bien entendido patriotismo del presidente Mitre.

El 2 de febrero salimos de Buenos Aires, a bordo del vapor Pavón; entramos en el río Paraná, y llegamos el 4 al Rosario. El río Paraná está sembrado de islas, que presentan una hermosa vegetación; su lecho es de arena movediza, lo cual hace que se formen y desaparezcan bancos, que dificultan su navegación, la cual, aunque peligrosa, es practicada hasta el Rosario (80 leguas) por buques de alto bordo. Las avenidas de este río producen el curioso fenómeno de arrancar grandes pedazos

de terreno, que constituyen islas flotantes, cubiertas de vegetación, y a veces conteniendo grandes animales.

El 4 por la mañana llegamos al Rosario, distante 80 leguas de Buenos Aires; desembarcamos allí, y empezamos a arreglar nuestro viaje por tierra. El Rosario fue una próspera y linda población, de más de 12.000 almas, hasta hace pocos años. La causa de su prosperidad, debida a la escisión de la provincia de Buenos Aires, era el arribo a su puerto de todo el comercio extranjero para las otras provincias. Buenos Aires, unido de nuevo a la confederación, monopolizó todo este comercio, arruinando así al Rosario que apenas cuenta hoy 5 o 6.000 habitantes.

El 10 por la mañana nos instalamos en una magnífica diligencia, que debía llevarnos a Córdoba, distante 112 leguas del Rosario. Sí la diligencia no tenía nada de característico, no era así con los



Ciudad del Rosario de Santa Fe. Facsimil del primer plano del Rosario que se publicó en 1858, Nicola Grondona. Museo de la Ciudad de Rosario.



Dársena y muelles de Aarón Castellanos. En el fondo, las islas del Paraná frente a la ciudad, George H. Alfeld, Rosario, 1866. Álbum Recuerdos del Rosario de Santa Fe. Museo Histórico Provincial "Julio Marc".

tiros: éstos consistían en doce hermosos caballos, y cada uno llevaba su jinete; en la lanza del coche estaba el tronco; el hombre que monta el caballo de la derecha se llama ladero, y el de la izquierda capataz; a la lanza le seguía una cuerda de cuero muy doble, y de trecho en trecho, por ambos lados, se desprendía otra de tres varas, provista de un garfio en su extremo externo: este garfio se engancha en una argolla que hay en la cincha de la montura del postillón, que allí se llama cuartero, y cuartas las cuerdas provistas de garfios. Este sistema, que impide al caballo emplear todas sus fuerzas, es necesario, pues se enganchan a menudo animales cerriles, que sólo la destreza de aquellos jinetes puede gobernar. El personal de la comitiva se aumentó también con ocho soldados y un oficial, que el presidente Mitre nos obligó a aceptar como escolta, durante todo el tiempo que

anduviéramos en la confederación. Todos iban a caballo, y el público, que ignoraba el objeto de esa escolta, creía que iban presidiarios en la diligencia...

En el gran espacio de 112 leguas, que recorrimos entonces, no hay ni una sola población. A cada 4 o 5 leguas encontrábamos una casucha y un corral; en la primera vivía el maestro de postas, y en el segundo había 40 o 50 hermosos caballos. Apenas llegaba la diligencia a una de las postas, cada jinete desensillaba su caballo, enlazaba otro de los del corral, lo ensillaba, casi lo domaba, enganchaban todos juntos, y emprendían de nuevo el galope. Allí no hay carreteras; el camino es todo llano, y gracias al poco tráfico, no es malo. Llegados a la posta donde debía dormirse (pues nunca se anda de noche), cada jinete desensillaba su caballo, hacían hervir agua para tomar su que-

rido mate, degollaban la oveja que debían comer, asaban su carne, que constituía su único alimento, y se acostaban al aire libre sobre los aperos de sus monturas, para descansar de los galopes del día. Siempre alegres, serviciales y chistosos, los Gauchos reúnen a una naturaleza de hierro, excelentes cualidades morales. Nosotros sacamos nuestras camas de campaña, y las colocamos en la casucha de la posta, donde pronto percibimos tantas vinchucas o chinches, de cerca de a pulgada, que nos fue preciso imitar a los Gauchos y dormir como ellos. Se nos sirvió una comida compuesta de oveja asada, oveja cocida, y caldo a guisa de postres. A la hora de almorzar no se demoraba el coche, y en él hacíamos esta operación con las provisiones que llevábamos, incluso el agua, pues en las Pampas, las raras veces que se encuentra, es sumamente salobre y desagradable.

Todo el camino es enteramente llano y cubierto de la gramínea de las Pampas, de gran variedad de verbenas y otras plantas de pequeñísima talla. El segundo día de nuestro viaje descargó por la noche una terrible tormenta de agua, vientos y rayos, cuya fuerza es imposible figurarse sin haberla visto: afortunadamente duran poco, y el Pampero, que es viento del S. O., tan fuerte, que a veces ha volcado buques grandes, pasa con bastante rapidez. El 14 por la mañana entramos en la ciudad de Córdoba, capital de la provincia del mismo nombre, población de cerca de 20,000 almas, situada cerca del río Primero, al pie de la sierra, también llamada de Córdoba, sus habitantes son casi todos blancos y naturales del país.

Manuel de Almagro:
Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el Gobierno de S.M.C. durante los años 1862 a 1866: acompañada de dos mapas y de la enumeración de las colecciones que forman la exposición pública. Rivadeneyra, Madrid, 1866.

1903



En pocas horas se carga un vapor de trigo

Federico Rahola (Cadaqués, 1858 -1919), jurista y economista, fue fundador del Instituto de Estudios Americanistas de Barcelona y de la revista *Mercurio*, dedicada al fomento del comercio con América. En 1903 visitó la Argentina para investigar las perspectivas económicas que ofrecía el país y promover productos industriales catalanes. Recogió sus observaciones en el libro *Sangre nueva*, publicado dos años después de su viaje.

Izquierda: Vista portuaria desde río, 1907. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad.

Derecha: Puerto, sector de exportación, grúas pórtico, embarque, 1905. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad.

Nos dirigimos a Rosario de Santa Fe en el vapor "Júpiter" de la Compañía N. Mihanovich (cónsul general de Austria).

A la salida de Buenos Aires sopla fuerte el pampero, levantando bastante marejada en el río.

A medida que nos fuimos apartando de la ciudad, cuya silueta, sin grandes masas, destacó sobre la barranca largo tiempo en el círculo del horizonte, el viento amainó. A las dos horas comenzamos a distinguir los árboles de la lejana costa oriental, y poco a poco se fue cerrando el horizonte, ofreciendo el río el aspecto de un anchuroso golfo.

Entramos en el río de las Palmas, cuyas orillas se aproximaban entre sí, haciéndose cada vez más frondosas. Los sauces a millares bañan sus inclinadas ramas, que balancea el suave oleaje, en la roja corriente; grupos de álamos y paraísos surgen en segundo término, contemplándose rara vez alguna palmera, con recibir el río el nombre de las Palmas.

Junto a la orilla, vense de trecho en trecho casas de madera, montadas sobre estacas para salvarse de las inundaciones, y un pequeño canal que sale al río y penetra, a manera de puerto, hasta la entrada de la misma casa o aserradero. En muchas de ellas hay como un muelle prolongado sobre el río, desde el cual los colonos y sus familias saludan el paso del vapor.

La mayor parte de las viviendas que divisamos son establecimientos dedicados al negocio de maderas y frutas. Hay en esas islas verdaderos bosques de duraznos que se envían ya a Inglaterra, utilizando los frigoríficos, mereciendo gran aceptación. La Mala Real inglesa ha establecido un servicio quincenal para el transporte de frutas a Londres, en cámaras frigoríficas capaces para veinte toneladas, llegando a Inglaterra en pleno invierno para regalo de los *gourmets* británicos.

Por la noche pasamos por delante de Campana, brillando junto a la orilla grandes focos eléctricos. Existen allí un frigorífico y una destilería, actualmente parada. De igual modo no trabajan las de Zárate, Baradero y San Pedro, poblaciones que nos salen al paso. Esto se debe a la competencia de las grandes fábricas de azúcar de Tucumán y al crecido impuesto interno que paga el alcohol, que favorece la fabricación clandestina.

Después de haber dormido a pierna suelta, al levantarme y salir a la cubierta, me ha sido dable todavía contemplar, algo lejos, la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, en el límite de la provincia de Buenos Aires. Al poco rato navegábamos en pleno Paraná, teniendo a un lado la provincia de Santa Fe y al otro la de Entre Ríos; las orillas arenosas formaban verdaderas playas, quedando las líneas de los árboles en segundo término. Pasan frecuentemente por nuestro lado vapores, viéndose buques de



vela fondeados en el río y un gran vapor varado. Nos vamos acercando a Rosario.

La primera impresión que nos produce la ciudad es de asombro por sus modernas construcciones, sus grandes plazas, sus calles espaciosas y bien pavimentadas, y, más que nada por su movimiento y actividad. Rosario, el primer puerto de Santa Fe y el segundo de la república, con una población de 110.000 habitantes, ofrece el movimiento y la vida de una ciudad de medio millón, sin duda porque concentra la circulación de una de las zonas más ricas de la República Argentina. Los grandes centros comerciales crecen y prosperan en la proximidad de las comarcas agrícolas más productoras, y la provincia de Santa Fe ha sido hasta ahora la que ha tenido mayor cantidad de trigo. Su privilegiado suelo se presta como ninguno al cultivo de los cereales; la facilidad de encontrar agua subterránea que discurre entre 4 y 72 metros de profundidad, la hacen apta para el cultivo de alfalfa y con ella para la cría de ganado fino; la abundancia de ríos, desde el Paraná, que recorre en su territorio una distancia de 700 kilómetros, con sus múltiples brazos casi todos navegables, al Carcarañá, que la une con Córdoba, y al Salado, que procede de la remota provincia de Salta, todos son arterias fecundas que hacen converger los productos de remotas comarcas a su principal puerto. Además las líneas férreas de mayor tráfico (el Central Argentino, que tiene conexión con todas las provincias del norte y del oeste), el directo de Buenos Aires a Rosario, Santiago y Tucumán; el ferrocarril del Oeste y el Gran Oeste Argentino (que enlaza con el Trasandino y el Central Córdoba), convierten a Rosario en un núcleo regulador de casi todas las comunicaciones y transportes entre los más apartados extremos de la República. Esto revela el por qué una de las ciudades más modernas de la Argentina (fundada en 1730 por Francisco Godoy) ha llegado con tanta rapidez a ser una de las más importantes y en algunas cosas la primera de la República.

En intensidad de acción aventaja a Buenos Aires, pues en 1902 importó y exportó por su puerto 14 millones y medio de pesos contra 23 y medio que exportó Buenos Aires, dando vida a un movimiento bancario, que obliga a los primeros bancos de la República a tener sucursales en Rosario, aparte de los bancos propios.

Apenas se entra a la ciudad, se aprecia su gran movimiento comercial y su crecimiento fabril, pero se nota claramente que la preocupación dominante es la agrícola. El estado de las cosechas en todo el mundo, las cotizaciones de los trigos o de las lanas, las lluvias o las sequías de las más remotas naciones, las plagas lejanas y próximas, los inventos aplicados a la tierra, esto es lo que fija aquí tenazmente la atención, de lo que se habla a todas horas, porque es lo que más interesa, dando orientación a la actividad de los individuos y las colectividades.

Muy interesante fue la excursión que hicimos por el río, en el vaporcito "Zolezzi", para formar concepto de la grandiosidad e importancia del futuro puerto. Nos fijamos en la facilidad con que se cargan ya actualmente los vapores: las líneas férreas corren a lo largo de la barranca, estando situadas las estaciones y los almacenes de carga al borde mismo de la barranca. Desde allí, por medio de simples canaletas que van a parar a las bodegas de los buques, en pocas horas se carga un vapor de trigo.

El proyectado puerto, cuyas obras han comenzado ya, tiende a aprovechar los grandes elementos naturales que ofrece el río y sacar partido de los muelles construidos. En el centro del río aparece una isla arenosa, formada a causa de un buque varado, que será el abrigo del venidero puerto. Siempre allí donde vara un vapor y queda hundido en la arena, surge por ensalmo una isla.

El puerto tendrá una longitud de varios kilómetros, y estará dividido en tres secciones; el puerto de importación, al norte; el de cabotaje al centro, y el de exportación adecuada para el tráfico que cada comercio implica, llegando a una especialización que no ostenta puerto alguno, según mis noticias.

Federico Rahola:

Sangre Nueva, Tipografía "La Académica" de Serra hermanos y Russell, Madrid, 1905.

Refinería Argentina, la fábrica en marcha

Juan Bialek Massé (Mataró, 1846 - Buenos Aires, 1907), médico, abogado, docente, emigró a la Argentina en 1873. En 1904 Joaquín V. González, ministro del Interior de la segunda presidencia de Julio A. Roca, le encomendó la redacción de un estudio sobre el estado de las clases obreras en las provincias. El 30 de abril del mismo año Bialek Massé presentó tres volúmenes con el detallado informe de su viaje y sus investigaciones en el interior del país. En Rosario ejerció la abogacía hacia 1898 y fue asesor letrado de la Cámara Sindical de la Bolsa de Comercio de la ciudad y de algunas sociedades obreras.

El Rosario

El gran centro urbano de Santa Fe es la ciudad de Rosario, transformado en veinte años, de una aldea comercial en una de las ciudades más hermosas e higiénicas de Sud América.

Su urbanización obedece a los principios más modernos. Iniciada en grande escala por don Juan Canals, a quien le sucedió como a tantos otros, que sus contemporáneos no le fueron muy agradecidos, hasta los intendentes don Alberto J. Paz y don Luis Lamas, que le dieron un desarrollo hasta de lujo.

Desde el Parque Independencia y el Boulevard Santafesino hasta la cloaca; desde el palacio a la humilde casa de obreros; desde el hospital moderno, completo hasta la asistencia pública y el asilo, en todas partes donde hay un progreso real y eficaz, allí se encuentra la acción de uno de estos tres hombres.

De ahí es fácil deducir que la vida higiénica de las clases obreras debe ser, y es, acaso, la mejor de la República, aunque deja mucho que desear y el crecimiento rápido de la población haga insuficiente y pequeño al día de hoy, lo que ayer parecía exuberante.

Desigualdad de los impuestos

Otra observación general que hay que hacer en el Rosario es la carestía de su mercado y la desigualdad hasta irritante de sus impuestos. El Rosario es un caso típico del aforismo de Arhens: "No hay cosas más desiguales que igualar cosas desiguales".

Agregada la desproporcionalidad y enormidad de los impuestos internos a los municipales, resulta tan recargado el pobre, como privilegiado el rico y el que vive de sueldos fijos.

Los que viven de entradas fijas raramente trabajan más de 280 días al año: el mismo salario tienen el día que trabajan que el de descanso, mientras que el pobre necesita ganar, en 290 o 300 días cuanto más, lo que necesita comer en 365 días.

Además, el rico no tiene más gasto de calorías que el pobre, sino menos. La carne, aunque le cueste más, no paga más impuesto municipal que la del pobre y tiene menos huesos, tendones y desperdicios; consume más artículos de almacén, que muchos de ellos no pagan impuestos locales; porque son

frutos del país, como los dulces, la manteca, el queso, los porotos y demás legumbres secas; y lo mismo puede decirse con relación al alquiler: el pobre paga por una mala pieza 30, 40 o 50 centavos diarios; ningún rentista paga 300 pesos de alquiler.

Si de las gentes que viven de jornal o sueldo pasamos a los grandes ricos que viven del producto de sus casas y otras fincas, y, sobre todo, los que viven de la usura de títulos o acciones de renta, resulta que cuando tienen 2.000 pesos arriba, el impuesto no representa el uno por ciento de la renta.

De un estudio detallado que estoy haciendo, creo poder anticipar que representando la entrada diaria por 1, 2, 3, 4, 5 hasta 500 pesos, los impuestos están en la proporción de 25, 24, 22, 20, 19 hasta 0,7; es decir, que el rico paga la contribución que debiera pagar el pobre, y el pobre paga por el rico, y cuando el número de ricos va disminuyendo a medida que se elevan en la escala, la masa resulta demasiado recargada y el lujo de los de arriba demasiado chocante.

En general, los talleres en Rosario son más amplios que en Buenos Aires; los terrenos valen menos.

Sociabilidad

Por último en el Rosario hay muy pocos rosarinos obreros; antes no había pobre que no tuviera su rancho y su terrenito, y los vendieron en ocasión propicia, haciéndose de un pequeño capital; en el rápido crecimiento de la población se acomodaron en puestos que les convenían, y vinieron a substituirlos de las provincias vecinas.

Los cordobeses, entrerrianos y correntinos son muchos más que los santafesinos y tantos como los extranjeros, que son en su mayor parte italianos y españoles, sin que falten representantes de todas las naciones europeas.

Resulta de ahí el conjunto más abigarrado que darse puede, y hasta hace poco sin lazo de unión y de sociabilidad, que se ha establecido, cuando las sociedades obreras los han puesto en contacto, y el excedente de mujeres encuentra colocación en el excedente de hombres que trae la emigración criolla y extranjera.

En punto a sociabilidad, las clases obreras del Rosario llevan una inmensa ventaja a las clases patronales, divididas por el celo mercantil, que impera



Rosario - Embarcaderos Refinería Argentina

Embarcadero Refinería 1920. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad.

sobre todo, e impide a las familias que apenas tienen puntos de contacto en las sociedades religiosas o de beneficencia, en las reuniones anuales de los clubs y en el teatro donde, y aun en estos lugares mismos, raramente se ocupan los hombres de otra cosa que de sus negocios.

Nunca se pudo establecer un centro literario, y las manifestaciones del arte son muy aisladas y pocas. Si alguno lo lee lo calla, le parecería desmerecerse entre sus colegas del ramo si apareciera ocupándose de frivolidades científicas.

De ahí que la sociabilidad antigua, tan amable y frecuente del Rosario, ha desaparecido o se ha dispersado por la migración a la capital federal o se ha aislado, y Santa Fe, con la cuarta parte de la población, tiene doble vida social que el Rosario; la tiene mayor cualquier capital inferior de provincia.

El efecto de ese estado social sobre las clases trabajadoras, es que no habiendo más punto de contacto que el trabajo y el jornal, en los que se consideran antagónicos, se establece una división social demasiado profunda, y aparte de las antiguas familias, en las que se conservan esas afecciones de patrones a servidores que dan verdadero tono a las sociedades, no hay más relaciones que de comercio y cambio; el sentimiento no entra para nada; y como la clase patronal surgida de la nada a la fortuna, no tiene la instrucción bastante para darse cuenta de los fenómenos sociales, y menos de psicofisiología del trabajo y de las ventajas de cuidar bien al obrero, lo considera como mero instrumento útil, y entiende que el obrero debe cuidarse a sí mismo como él se cuida a sí, sin tomar en cuenta las diferencias de medios y de instrucción, y sobre todo de la utilidad que saca.

Claro, que en esto como en todo hay excepciones, pero ellas son bien pocas por desgracia.

La ley del trabajo ha de reportar al Rosario más beneficios que ha ninguna otra localidad de la República, porque va a obligar a los patrones a asociarse, a conocerse, a darse cuenta de que tienen intereses comunes que los ligan, que no todo han de ser celos y rivalidades de la competencia, y que la ciencia y el arte, además de dar dinero, mitigan las rudezas de la vida.

La Refinería Argentina

El establecimiento industrial más grande del Rosario, y acaso de la República,

es la "Refinería Argentina", que recibe de los ingenios de Tucumán los azúcares más o menos terciados y los devuelve completamente purificados y afectando las formas usuales que el comercio pide.

Pertenece a una sociedad anónima, de la que es organizador, presidente y principal accionista el señor Ernesto Tornquist; está administrada por un gerente, don Cristián Alghet, y es su director técnico el doctor en ciencias e ingeniero industrial señor Juan Sargel.

El edificio es amplio; a él concurren los ferrocarriles de trocha ancha y angosta y tiene un embarcadero propio.

Hay todas las máquinas y artefactos de los sistemas más modernos, y continuamente modifica e importa los últimos adelantos de la ciencia y del arte. Hay allí invertidos 1.783.000 pesos oro. La instalación de los motores es, sin duda, la más grandiosa que tiene la República y la más perfecta.

Las calderas tubulares de seguridad se han reinstalado este año, son magníficas; las baterías centrífugas, los enormes depósitos de melaza, los concentradores, todo es grande y perfecto; todos los transportes se hacen mecánicamente.

Tiene también un grandioso alambique, que no funciona, reducido a silencio por los impuestos internos y los errores de la organización del personal inspector, que hacen que no puedas soportarse las minuciosidades, por quien, como aquel establecimiento no tiene la intención de producir fraudes.

Como la fábrica no destila, aprovecha los residuos, que siempre tienen una cantidad de azúcar y materias albuminoideas, mezclándolas con pastos y se forman así una materia muy nutritiva y agradable para los animales, muy superior a la alfalfa seca, y que la Refinería vende a un precio más o menos igual a este pasto, que se ha de introducir en las costumbres por su excelencia.

Hay talleres para la construcción de cajonería, talleres de reparación, un laboratorio que al primer golpe de vista revela el alto valor científico del que lo maneja; hay, en fin, entre otros, un galpón capaz de contener 600.000 bolsas de azúcar; es galpón, y no es menos grandioso, el depósito de azúcar en cajas.

Ver la fábrica en marcha con todo el personal adaptado y moviéndose al compás de las máquinas en perfecto orden, todo armonioso y subordinado,



Refinería Argentina de azúcar, Arturo Francisco, Rosario, 1905. Archivo General de la Nación.

es ver algo que honra a los que la fundaron, a los que la dirigen y administran, y al país.

En una palabra: en la Refinería Argentina, del punto de vista de su concepción, de su organización y de su marcha industrial y científica, no tiene nada que criticar y sí mucho que admirar. Un día de visita allí es un día de placer y de grandes ideas: los que entienden los detalles, porque tienen las satisfacciones que da la ciencia; los profanos, porque la grandiosidad se les impone. Nunca he visto a una señora pasar allí aburrada una tarde.

Pero no puede decirse lo mismo del punto de vista del tratamiento obrero, como vamos a ver.

Empezando por el edificio, sus tres pisos son bajos, especialmente el inferior en que están instaladas las baterías de centrífugas; aquello es chato, ahogado, hay que tener cuidado de no tropezar con los sombreros en cuanto se pasa de mi estatura. Cuando se trabaja, aun en los meses de julio y agosto, el calor es sofocante; los hombres tienen que estar desnudos de medio cuerpo. Necesitaría lo menos dos metros más de altura, y aquello no tiene remedio, como los otros dos pisos, que el actual director estira como puede.

Es una consecuencia de adoptar planos hechos en Europa, donde llevan la mezquindad industrial hasta ahorrar algunos pesos, en millones, sin tener en cuenta las condiciones de este país. Ahora aquello no tiene más remedio que estudiar un buen sistema de ventilación que corrija en parte los inconvenientes.

Los talleres anexos no tienen ese defecto: son altos y bien ventilados.

La Refinería Argentina tiene un personal fijo de 150 hombres: 120 extranjeros y 30 argentinos, que se aumentan en la temporada de trabajo (cinco a seis meses) con 460 extranjeros, 220 criollos y 120 mujeres.

Las horas de trabajo son de seis a seis, teniendo desde las ocho a las ocho y media para tomar café y de doce a una para comer; queda una jornada efectiva de diez horas y media, muy alemana, pero muy impropia, de esta jornada participan niñas de doce y diez años de edad.

Los jornales máximos y mínimos son:

En los talleres: 7, 4.50, 4, 3.50, 2.50 pesos.

En la fábrica: hombres, 4 y 2; mujeres, 1, 0.90 y 0.50.

Las mujeres tienen un gran taller en el tercer piso del edificio; es amplio, con mucha luz; la entrada de los obreros está prohibida y pensada con multas.

El taller de corte del azúcar en panes y su embalaje es el de las mujeres; ciertamente allí no se hace trabajo de fuerza, sino de habilidad y de atención. Las placas llegan allí por un elevador, de donde las toman las obreras y las llevan a las mesas cortadoras, poniéndolas sobre la cadera derecha. Esto debería prohibirse absolutamente a las mujeres embarazadas y niñas menores de diez y ocho años, por la deformación que producen en el iliaco correspondiente.

Además, y esto es lo más grave, se respira allí mucho polvo de azúcar, que es sabido produce una especie de barniz en la piel y espera las mucosidades de los pulmones. El primer inconveniente se corrige en gran parte por el uso de la blusa de trabajo, que allí no hay; y el segundo, por la interrupción del trabajo durante el tiempo suficiente para que el polvo introducido en los bronquios se absorba o se elimine. El pulmón no puede hacer la eliminación en menos de dos horas y, por lo tanto, no debería ser de más de una hora continuas de duración; interrumpidas por una hora de descanso; y además no deben admitirse obreras menores de quince a diez y seis años.

Cuando fuimos a visitar la fábrica con la Delegación Comercial Española, lo primero que percibieron fue el estado de las niñas pequeñas; algunas estaban anémicas, pálidas, flacas, con todos los síntomas de la sobrefatiga y de la respiración incompleta, aquello debe evitarse.

En la fábrica, los obreros tampoco tienen trabajos musculares duros; el transporte de las vagonetas es fácil, porque son poco pesadas. El trabajo verdaderamente duro es la manipulación de las bolsas; y en los talleres no hay que notar de especial sino la perfección de los trabajos. Hay solo tres aprendices; el menor de quince años.

No hay ninguna institución benéfica para los obreros, que generalmente están afiliados a sociedades de socorros mutuos.

Las precauciones contra los accidentes son buenas; y si suceden se hacen arreglos particulares, según la categoría del lesionado.

Alrededor de la Refinería se ha formado un barrio de casitas y ranchos para los obreros, que lleva el nombre de la fábrica y se continúa con las que ocupan los obreros de los ferrocarriles y embarcaderos.

Tal es, Excmo. Señor, el primer establecimiento industrial del Rosario y sus modalidades de trabajo.

No es esta una población para refinamientos intelectuales

Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 1867- Menton, Francia, 1928). Novelista cuantioso. Viajó a la Argentina en junio de 1909 contratado para dictar conferencias en distintas ciudades. Como corolario de esos recorridos escribió un libro que sería publicado el año siguiente, en el marco de los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo. Llegó a Rosario en tren, a la estación de Sunchales, donde lo esperaba una gran comitiva. Su estancia en la ciudad provocó, primero, un entusiasmo de magnitud periodística, después, con la publicación de *Argentina y sus grandezas*, el entusiasmo rosarino cedió en decepción.

La ciudad de Rosario, que hoy es la segunda de la República, la fundó, en los últimos tiempos coloniales, Francisco Godoy, en 1725. Pasó muchos años sin dar señales de existencia, anodada por su situación entre Buenos Aires y Santa Fe, que eran las dos grandes ciudades en el camino fluvial de la Argentina. Su importancia se inició en 1859, al declararla el general Urquiza puerto de las once provincias confederadas. El hallarse Buenos Aires fuera de esta confederación y en lucha abierta con Urquiza, favoreció a Rosario en su primer desarrollo.

Ofrece la ventaja natural de que ocupa un sitio en el que el Paraná traza su mayor curva, avanzando más que en ningún otro punto hacia el interior del país. No podía fundarse para las provincias de tierra adentro un puerto más próximo y en mejor situación. Rosario es hoy escala obligada de todos los vapores que navegan el Paraná, y sostiene una comunicación directa con Europa por medio de los transatlánticos que remontan el río, llegando hasta ella.



Edificio la Bola de Nieve 1910. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad.

Además, es el centro de varios ferrocarriles que la ponen en contacto con Buenos Aires, Santa Fe y todas las provincias centrales.

Aparte de estas líneas, va a tener otra de gran importancia construida por la "Compañía Francesa de Ferrocarriles", que la pondrá en contacto directo con Bahía Blanca y sus puertos atlánticos.

Vista desde el río, Rosario ofrece un espléndido panorama. La ciudad bordea la orilla con extensas líneas de edificios. Frente a ella extiéndese el bosque de mástiles de las embarcaciones ancladas en su puerto. El elevador de granos se alza como una catedral de acero sobre el bajo caserío de los muelles. Del puerto a la ciudad marchan y contramarchan, como hormigueros, los carros y carretas que arrastran la mercancía. Avanzan los trenes por los muelles, dejando montañas de sacos, que poco a poco desaparecen en las entrañas de los buques. La ciudad asoma su masa de edificios por las brechas abiertas en las barrancas, y encima de este mar

de techumbres arrojan humo las chimeneas de numerosas industrias. Sobre los caparazones de las viviendas, bajas y casi iguales, emergen soberbiamente las torres de las iglesias, las moles de los grandes teatros y los palacios de los vecinos ricos.

En Rosario no hay construcciones con más de sesenta años de existencia. Todo aparece nuevo en ella. Su gloria es el comercio; su ambición parecerse a Buenos Aires y superarla en cuanto sea posible. Hiere su orgullo el hecho de no ser políticamente más que una ciudad secundaria de provincia, sometida al gobierno de Santa Fe. Su deseo es lograr que la capitalidad se traslade de la vieja metrópoli colonial, con su tradición gloriosa de pueblo el más antiguo del Paraná, a la moderna Rosario. Por esto los partidos políticos de la provincia se hayan agrupados en dos Ligas: la del Norte y la del Sur; la de la capital presente y la de la ciudad que pretende serlo.

Los cinco ferrocarriles que convergen en Rosario aportan a ella millones de toneladas de



Plaza 25 de mayo, Iglesia Catedral, Palacio municipal, Monumento de mayo, iluminación, ornamentación c. 1910 aprox. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad

trigo y otros cereales, maderas, cueros, azúcar; todos los productos de la provincia, que pasan a las bodegas de los transatlánticos para ser conducidos a los mercados del viejo mundo.

Rosario, con sus 180.000 habitantes, que hacen de ella la segunda metrópoli de la República, es tal vez la que contiene menos argentinos. Los extranjeros poseen las tiendas, las fábricas, los grandes almacenes de maquinarias, las casas de exportación, los hoteles. Los alemanes se han concentrado con una predilección especial en esta ciudad, así como los súbditos británicos; los franceses tienen en ella mayor representación, numérica y capitalista, que en el resto de la República; los italianos son muchos y la colonia española resulta igualmente considerable.

Se encuentran en Rosario hombre de todas las procedencias e idiomas... y alguno que otro hijo del país. La mayoría de los que ostentan con orgullo su nacionalidad de argentinos lo son de primera o segunda mano, es decir, hijos o nietos de extranjeros establecidos en Rosario.

Puede describirse esta ciudad diciendo que es una copia de Buenos Aires, en proporciones más modestas. Su vecindario ha querido poseer todo lo bueno de la capital federal, y como es rico y laborioso cumple fácilmente sus deseos, aunque con la palidez que acompaña siempre a las imitaciones. Hay en Rosario un bonito parque con lago que recuerda al de Palermo; un Jockey Club con Hipódromo; y en todos los establecimientos públicos, hoteles, restaurantes y cafés, se nota la misma influencia de la capital federal: los teatros son enormes, adivinándose en su construcción el deseo de reproducir el decorado de los más célebres de Buenos Aires, aunque superándolos en las proporciones. Estos teatros actúan

con frecuencia, pues todas las compañías que van a Buenos Aires se trasladan luego a Rosario; pero casi siempre parecen vacíos, tal vez por no hallarse en armonía sus proporciones enormes con la cantidad de público.

Rosario es una ciudad de negocios y de dinero, y en ciudades de esta clase no se conoce arte más seductor que el de la pronta ganancia. Como hay que trabajar mucho las gentes se levantan temprano y se acuestan pronto. Las calles principales, que son casi tan hermosas como las de Buenos Aires, con magníficos establecimientos, ofrecen un aspecto de soledad deplorable a las nueve de la noche. Los escaparates, que se mantienen iluminados, no atraen ningún curioso, por la sencilla razón de que apenas hay transeúntes. Sólo en algunas encrucijadas, próximas a cafés y clubs, se nota cierta concurrencia. En cambio, durante el día, las calles centrales y las que dan al puerto resultan estrechas para la gran circulación de peatones y vehículos. En torno de los Bancos es grande el movimiento de las gentes de negocios que van y vienen afanosas. Estos Bancos realizan cuantiosas operaciones. Los hay de varias nacionalidades, y todos los de Buenos Aires tienen aquí su sucursal.

Una población tan atareada no puede dedicarse a la lectura. Por esto las librerías de Rosario no ofrecen el aspecto múltiple en sus géneros que caracteriza a las de Buenos Aires. En cambio, los diarios, lectura necesaria, por los datos que ofrecen para los negocios. Gozan de una gran prosperidad. Se publican periódicos en alemán, en inglés y en otros idiomas. Los diarios escritos en español son muchos, y algunos de ellos, por su fama, su número de páginas y su servicio de información, casi igualan

a los de Buenos Aires. El diario más antiguo de Rosario, titulado *La Capital*, es el decano de toda la prensa argentina, pues comenzó a publicarse dos años antes que *La Prensa* y *La Nación*.

La gran riqueza de la ciudad se nota en los edificios y en las costumbres. Las construcciones son ostentosas, y la vida resulta tan cara como en Buenos Aires, sin duda por la abundancia con que circula el dinero. Hay en Rosario varios Hospitales ampliamente instalados, y sostenidos algunos de ellos por las colonias extranjeras. Los establecimientos de enseñanza ocupan hermosos edificios. La Escuela Normal de Maestros es un verdadero palacio.

En resumen: la ciudad de Rosario no ofrece otro interés para el viajero que el de la prosperidad de sus negocios, si es que los negocios ajenos pueden interesar a alguien más que a quien los realiza y goza de sus resultados. La población es agradable pero sin nada original. Sus habitantes ricos se hayan demasiado preocupados por sus negocios y encastillados en sus empresas para pensar algo nuevo. Un reducido grupo de aficionados a las letras y a la música que viven en esta ciudad vegetan moralmente como náufragos refugiados en un islote, en medio de un mar infinito, sin una vela que traiga una esperanza. No es esta una población para refinamientos intelectuales, pues en ella sólo encuentran ambiente favorable los positivos derroches de la actividad comercial. Pero hay que reconocer que aun así resulta notable la historia de Rosario; simple *toldería*, fundada por Godoy en 1725; pobre aldea en los tiempos de la Independencia; ciudad únicamente a partir de 1852, y ahora segunda capital de la República Argentina por su población y su comercio.

Vicente Blasco Ibáñez:

"Las provincias argentinas. Santa Fe" en *Argentina y sus grandezas*. Madrid, La Editorial Española Americana, 1910.

Hecho a fuerza de panecillos y de hogazas

Santiago Rusiñol (Barcelona, 1861 - Aranjuez, 1931), pintor, escritor y dramaturgo en lengua catalana, estrenó sus obras de teatro en Buenos Aires, Rosario y Córdoba durante el Centenario de la Revolución de Mayo y relató esa experiencia en *Un viaje al Plata* editado un año después.

Las manchas se van espesando; se ve alguna chimenea, encontramos hileras de vagones, apartaderos, guardagujas, más vagones, una estación y sin un ángulo, sin una curva en línea recta y a pie llano, nos encontramos dentro de Rosario.

No sé quién dijo que los ríos son tan inteligentes que siempre van a pasar por donde hay ciudades. Pues no sé en qué consiste, en esta pampa argentina, que siempre la llanura vaya a parar al sitio donde se han construido ciudades.

Rosario es llana, tan llana, que si tirásemos por prueba un cubo de agua en medio, no sabría hacia donde correr, y al forastero que llega

le pasa lo mismo que al agua; entre si irá a la izquierda o a la derecha, empieza a dar vuelta a la manzana, y se mete donde la suerte quiere como bola de ruleta.

¿Qué es pues lo que distingue a Rosario entre la igualdad de estos pueblos?

Procuremos indagarlo, si es posible.

Hay ciudades que viven de una fuente de aguas termales, o sulfuro—sódicas, o magnesio—carbonatadas, o carbonato—sifón—gaseosas, y Rosario vive de treinta grandes fuentes que desaguan en el Paraná. Estas fuentes son fuentes de trigo. De toda la inmensa llanura por la



Calle Presidente Roca entre calle Urquiza y calle Tucumán, tranvía 1912. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad

que hemos atravesado al venir aquí y de todas las que no atravesaremos nunca desde el fondo de leguas y más leguas; de millares de chacras y más chacras; en vagones, en trenes, en carros y en carretas, el trigo va llegando a Rosario; aquí se amontona en montones que son las únicas montañas que se ven en esta tierra; de los montones, en regueros, o como sea, va a parar a los almacenes; de los almacenes, a los elevadores; de los elevadores, a los sobredores, y sube por aquí y pasa por allá; ahora, pasando por las cribas que lo escogen y le quitan la broza; luego, llevándolo a una cintas que lo pasean por galerías; ya, moviéndole y volviéndole a verter, o deslizándolo por montañas rusas, por fin va a parar a las mangas, y de las mangas salen las fuentes y de las fuentes a los barcos que lo reciben como gigantes de hierro insaciables que, llenándose los vientres de grano, le digieren sobre las olas, y van a todas las ciudades del mundo a volverlo a sacar para que se convierta en harina.

Contad: veinte fuentes, o treinta, o las que sean; treinta fuentes que vierten pan de día y de noche, y ved si es riqueza para todo un pueblo.

Puede decirse que Rosario se ha hecho a fuerza de panecillos y de hogazas, y como no hay nada tan sano como el pan nuestro de cada día, por eso se ha hecho el milagro de que una ciudad que hace cincuenta años tenía 8.000 habitantes, hoy tenga 200.000; que una ciudad que en aquella época estaba rodeada de indios, hoy esté llena de comerciantes (lo cual es una gran mejora); que un pueblecillo de los de tren parado sea hoy la segunda capital de esta Argentina.

Sin el pan o el trigo, o las fuentes del muelle, no tendría las calles que tiene, rectas, es verdad, pero entarugadas de arriba abajo, y con subsuelo, no tendría hermosas tiendas que venden de todo y un poco más, no tendría buenos casinos, escuelas. Bolsa, parque, paseo con árboles, teatros grandes (aunque no llenos), casas con tienda y dos pisos (como si en Europa dijéramos seis); no tendría, sobre todo, el aspecto de una ciudad que va enriqueciéndose a todo correr y progresando al mismo tiempo que se enriquece.

Los hombres, por mor de trigo, son activos, vivos, e inteligentes. Son de estos hombres que asombran (por lo lejos que está de nuestros gustos) que van con libros de apuntaciones; que apuntan, que saben los cambios; que hacen números; que ven una columna de cifras, y con una ojeada ya la han sumado; que les explicáis un negocio y no oyen más que con un oído; que ven un saco de trigo, y adivinan los granos que tiene adentro; que repasan el Mayor y el Diario; que no saben a qué hora comen, pero saben qué barcos llegan; hombres que manejan sacos como quien maneja batallones; que calculan las cosechas como los oráculos de Grecia, o que juegan con este trigo como si jugasen a la barra.

Porque así como antes de embarcar tiene que pasar por tantos canjilones, también le toca pasar por el lápiz de tantos jugadores que — ¡pobre trigo!— cuando llega a Europa, si no fuera porque está santificado, a fuerza de traerlo y llevarlo, se parecería a los naipes de taberna. Este le compra, y el otro lo vende; el uno lo vuelve y el otro lo revuelve; el estanciero lo juega con el marchante, el marchante con el tratante de granos, el tratante con el comerciante, este con otro, otro con este, y pasando, y jugándolo, todo el mundo vive: el camisero, el corbatero, el sastre, la modista, el mesero, el hostelero, los cafés, el boticario, los médicos, los abogados, los notarios, todo el mundo vive de este gran trigo, de estos regueros de la pampa, que le traen de todas partes y lo vierten por las fuentes vivas.

Y mientras juegan con él, menos mal. Lo terrible es cuando el acaparador A, combinado con el B y con el C, arramblan con todas las fuentes, y por la fuerza del dios trust van a los muelles y cierran las esclusas. Muchas veces en Francia o en España el pan se encarece y nadie sabe por qué y todo el mundo se queja, y no saben que el mal viene de lejos, de un David o de un Isaías que en Rosario agavillan sacos; muchas veces el pueblo grita en un motín de Europa y tiene la enfermedad en América, y muchas veces, mientras aquí se pudre, allí lo esperan como el maná. El acaparador también es una máquina, una inmensa báscula mecánica que no responde si no le echan una moneda por la rendija; para que de trigo necesita ganancia.

Sea como quiera, aquí tienen pan, y dichoso el pueblo que tiene pan, cuando hay tantos otros que no lo tienen.

Claro es que, como se ha dicho tantas veces, no sólo de pan vive el hombre. Eso ya se sabe, y estoy seguro de que los rosarienses se hacen cargo de ello y lo piensan, y hasta lo meditan si la fiebre del negocio les deja tiempo libre para meditarlo, pero entretanto se van haciendo ricos, y seguro que piensan: “luego veremos. Primero es el cuerpo, después vendrá... lo otro; miremos por el vientre, que el corazón puede esperar. Llenemos los graneros., que cuando llegue el estío, harto de prisa vendrán las cigarras”.

Esto piensan los rosarienses, a juzgar por la ausencia de arte y, sobre todo de artes plásticas que se echan de menos en una ciudad que tiene 200.000 habitante y, como según el punto desde donde se mira, todo el mundo tiene razón; el que esto escribe no les va a llevar la contraria.

Casi estamos por pensar que ellos salen ganando. Porque el hombre harto, si sabe digerir como es debido, es capaz de hacer muchas cosas, y el que tiene hambre no puede hacer más que una: bostezar para mover la boca.

Santiago Rusiñol:
“Rosario” en *Un viaje al Plata*. Madrid, V. Prieto y compañía Editores, 1911. (Traducido del catalán por Gregorio Martínez Sierra).



Estiba de cereal y trabajo portuario, obreros. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad.

La agitación pasional del negocio

Adolfo Posada (Oviedo, 1860 - Madrid, 1944) escritor, sociólogo y jurista, en 1910 llegó a la Argentina contratado por el rector Joaquín V. González para dictar cursos y dirigir seminarios en la Universidad Nacional de La Plata. En esa oportunidad dio conferencias en Buenos Aires y Rosario y recorrió, según cuenta en sus memorias, “la Pampa desde Mendoza a Bahía Blanca y Puerto Belgrano”. A raíz de este viaje publicó en 1912 *La República Argentina, impresiones y comentarios*. Volvió al país en 1922, años después aparecía su libro *Pueblos y campos argentinos. Sensaciones y recuerdos*.

Es enorme y verdaderamente rica la región que nutre de productos-mercancías el gran puerto de Rosario, y que da vida y valor y fuerza expansiva a la ciudad más importante del Paraná, segunda población de la Argentina, con más de 260.000 habitantes, quizá 300.000 ya. Es aquella una de las regiones más pobladas, cultivadas y valorizadas de la República. Y en Rosario, en su puerto, vierten no sólo las comarcas —grandes, dilatadas extensiones— del Sur de la provincia de Santa Fe, sino otras amplias zonas del interior. Con relación a datos que recogí en mi primera visita a aquellas tierras en 1910 (y que utilicé en mi libro *La República Argentina*), recordaré que en aquel año, sólo la provincia de Santa Fe, sembraba 1.207.370 hectáreas de trigo, 580.700 de lino, 10.000 de avena y 998.000 de maíz, alcanzando en el año 1909-10 una producción representada, entre otras, por las siguientes respetables cifras: trigo, 470.007 toneladas; lino 207.500. Ya eran “buenas” esas cifras, sin duda; pero la región de aquella histórica provincia, en rápido e intenso progreso, ha logrado más recientemente otras, las cuales, comparadas con las primeras, explican sin necesidad de mayores esclarecimientos, el crecimiento de Rosario, que si en 1909 figuraba con 200.000 habitantes, llega ahora, como acabo de indicar a los 300.000. Y se explica también la transformación progresiva del puerto. Según datos registrados en uno de los años recientes, las hectáreas cultivadas pasaron bastante de cuatro millones, correspondiendo al maíz 1.180.000; al lino, 550.000; a la cebada, 20.000; etc. De la total producción del maíz en la Argentina, y que supone un cultivo de más de cuatro millones de hectáreas, si la mitad corresponde a la gran provincia de Buenos Aires, una tercera parte —más del 30 por 100— es de la de Santa Fe. Así se comprende el movimiento incesante del puerto de Rosario. A veces no bastan los galpones o almacenes de las estaciones ferrocarrileras para cobijar las miles de bolsas o sacos llenos de maíz o de trigo que por las vías han de transportarse, viéndose obligados los acaparadores o los agentes a apilarlos sobre tarimas de madera, formando

verdaderos y extraños montículos, en ocasiones, de 10.000 y aun de 20.000 bolsas o sacos.

A todo esto deberá sumarse el favorable influjo en Rosario de ciertas vicisitudes políticas, inseparables del proceso urbano y económico, y representativo de la bella ciudad —tan definida y específica— que, en efecto, se incorpora y marcha en rápido desarrollo, sobre todo desde que Urquiza —vencedor en Caseros del famoso tirano Rozas— declara a Rosario ciudad y puerto de las 11 provincias confederadas (1852), estableciendo a su favor derechos diferenciales, gradualmente perjudiciales para Buenos Aires.

Es curioso y sugestivo, para comprender la *evolución... creadora* de la República del Plata, el proceso de transformación de Rosario, gran centro reproductor de la economía agropecuaria de la gran nación de cepa hispana. Remóntase la fundación del futuro poblado de Rosario a 1725. Si en vez de labor de “viajero”, hiciera yo trabajo de erudito, ofreciase ahora una excelente ocasión de lucir el ingenio crítico de que todo buen erudito debe hacer gala: naturalmente, en el supuesto de que yo poseyera semejante ingenio. En mi libro antes citado, inspirándome en buenas fuentes, afirmo que la fundación de Rosario se remonta a 1725, por Francisco de Godoy. Y esta fecha ha sido fijada, al parecer, por la Municipalidad rosarina, puesto que se ha señalado la de 1925 como la del segundo centenario de aquella fundación. Pero en una carta que acabo de leer en *La Nación*, de Buenos Aires, dice don Mariano Leguizamón que “tal fecha es evidentemente errónea”. Hay, según este señor, datos que inducen a pensar que el año de la fundación rosarina continúa siendo “un pequeño enigma de nuestra historia, que está brindándose a los estudiosos”, y que, por mi parte, les dejo íntegro. Pero, fuese en 1725 o después, allá hacia 1763 era Rosario una *toldería*, con unos 250 habitantes; a principios del siglo pasado, hacia la fecha de la independencia, era Rosario aldea de 400... Al finar las luchas contra Rozas en 1851, cuenta Rosario 3.000 almas; no podía aumentar ni tomar relieve, obscurecida por Buenos Aires y Santa Fe,

hasta que Urquiza la favoreció, como antes indicamos. En efecto, Rosario, que en 1858 es ciudad de 9.785 habitantes, tiene en 1869, 23.000; en 1887, 50.000; en 1900, 112.000; en 1909 se le atribuyen 175.000, y así continúa rápido su crecimiento hasta lograr la cifra de población que más arriba quedó dicho: 300.000.

Los primeros contactos

Visité Rosario varias veces. Me atraía su merecida fama, y me llamaban requerimientos reiterados de amigos muy queridos, especialmente de españoles allí con fuerte arraigo —algunos procedentes de mi bella tierra astur, y honra allí de esta raza asturiana, tan enérgica, tan aventurera y tan laboriosa. La primera vez que me acerqué a Rosario, sólo toqué en el puerto —de paso para Asunción del Paraguay— en septiembre de 1910. No olvidaré el instante. Aparecía indicada Rosario por los galpones y los cargadores de granos que se alzan sobre la *barranca* del puerto. La neblina de un día lluvioso nos impidió, al llegar, y mientras estuvimos atracados, contemplar la ciudad... Sólo después que dejamos el muelle, despejado el cielo, pudimos admirar la hermosa y pintoresca formación, que rompía y animaba la monotonía de las planas márgenes del río. Cuando el barco se disponía a desatracar, y el bravo y apacible capitán daba sonoras palmadas, invitando a las gentes que debían quedarse en Rosario a desembarcar, acercábase por el muelle, con paso vivo, presuroso, un último viajero, extraño tipo, envuelto en raro gabán de rayas verdes, cubierta la cabeza con un casquete, que funcionaba de sombrero, llevando bajo el brazo ancho y repleto cartapacio... Ya más cerca, la original silueta del viajero, con su rostro de largas barbas negras, gafas grandes con fuerte montura negra, fisonomía de Cristo viejo... no podía ser sino de quien era. Había yo visto tantas veces por la Carrera de San Jerónimo al viajero aquel, que era nada menos que el ameno, agudo, penetrante escritor y óptimo estilista don Ramón del Valle Inclán, con quien trabé en aquel viaje una buena amistad, que se acentuó posteriormente en

Adolfo Posada: “Paseos por Rosario de Santa Fe. La evolución de una ciudad argentina”, en *Pueblos y campos argentinos. Sensaciones y recuerdos*. Madrid, Editorial Caro Raggio, s/f. (prólogo fechado en Madrid en 1926).



Calle Canta Fe, Jefatura policial, Gobernación, 1927. Archivo fotográfico Museo de la Ciudad

Chile y en la travesía hacia España que juntos hicimos.

La segunda vez que toqué en Rosario, al regreso del Paraguay, recorrí y contemplé, *cinematográficamente* la interesante ciudad del Paraná: fue toda cosa de unas breves horas, brevísimas me parecieron; mientras el vapor estaba en el puerto. El rápido contacto, fue, sin embargo, aprovechadísimo gracias al guía, insuperable guía, que amablemente me piloteó por el puerto, hacia la calle de Córdoba, a través de los amplios paseos. Era el guía mi excelente amigo el doctor Daniel Infante, español arraigado en Rosario, donde fue Intendente Municipal —dígase Alcalde— español argentinizado; conviene saber que en casos como el de Infante, lo de *argentinizarse* no significa *desespañolizarse* sino todo lo contrario, significa a veces la intención o utilización al máximo de nativas cualidades del español puro, del mejor español, que a menudo queda inexpresivo o dormitando en la tierra, y en cambio se revela fuerte y triunfador, dejando al hombre actuar libremente, bajo las excitaciones de un medio optimista y animador, de pueblo joven, como el medio argentino. La rápida visita de Rosario despertó más fuertemente mi curiosidad, haciéndome lamentar mi falta de tiempo en aquella ocasión y prometiéndome volver, si, de nuevo, me decidía a cruzar el Océano para llegar al Plata.

Y en efecto, en mi segundo viaje por la Argentina, fue Rosario uno de los centros que despertaron más vivamente mi interés y que consideré con más especial cuidado.

Unos días en Rosario. La bolsa del cereal

Como he indicado, un tren espléndido, rápido, os conduce en unas cuatro horas de la metrópoli porteña al puerto del cereal del Paraná. Llegamos ya noche. Recibiéronnos brazos amigos cordialmente. Otra vez tuve la fortuna de gozar la amable y utilísima compañía de don Daniel Infante.

Viví en Rosario varios días, pude respirar a mi satisfacción el ambiente de trabajo de aquel foco de vida intensa, núcleo urbano muy construido, documento a texto abierto en el cual podéis estudiar como en pocos, la palpación del pueblo que desde el río y desde el Océano, lucha por convertir la tierra argentina en valor humano: un foco de energías en el cual, ya creo haberlo dicho, como en otros, pero quizá más y mejor que en ningu-

no, se percibe la fecunda colaboración española en el proceso expansivo y de integración étnica de la Argentina. Aparte la historia y el papel que en ella han desempeñado los españoles, hoy se señalan allí numerosos compatriotas que gozan de merecido prestigio en la vida rosarina. He citado ya a don Daniel Infante, jurista experto, hombre de nada común cultura, gran carácter, conocedor como pocos de los problemas agrarios que a veces agitan el suelo santafecino, factor importantísimo en la expansión urbana rosarina, como comprueba quien recorre los barrios de Mendoza, Godoy, etc., donde puede estudiarse un interesante fenómeno de formación rápida de población modesta. Y podría citar otros muchos nombres españoles, de fuerte y respetada presentación: como los García hermanos, con su espléndido comercio de telas; los Rey, con su gran Bazar, o don Toribio Sánchez, médico, ex diputado en las Cortes españolas, que dirige, muy cerca de Rosario, magníficas Estancias, y el señor Monserrat, con sus grandes comercios de ferretería, que mueven millones de pesos por año; su corralón, su fábrica de clavos y de sacos. Parecióme el señor Monserrat uno de los motores principales de la vida comercial de Rosario.

Generalmente, las ciudades suelen poseer algo que estiman significativo: institución, barrio, calle..., algo en suma, que de modo especial cuando no específico, las simboliza o caracteriza. En Nueva York os mostrarán —como lo más suyo— con el gigantesco puerto y los rascacielos, Wall Street y la Quinta Avenida. En Washington os indicarán el Capitolio frente a la Casa Blanca. En Oxford, os dirán que todo es la Universidad, alma de la vieja y hermosa ciudad inglesa. En Londres se os señalará el puerto, la City y San Pablo y, allá lejos, la silueta fina del Parlamento. En París, ciudad luz, de fuerte espíritu, de maravillosa estructura, con Notre-Dame y la torre Eiffel, os señalarán, como eje vital, la bella *vista* única que os ofrece el trozo que va desde las Tullerías al Arco de la Estrella. En Madrid, aun en vuestro flanco por la calle de Alcalá, se os hará sentir la fuerza del instrumental político de la capitalidad. En Buenos Aires el esquema de la ciudad lo formarían con el puerto, la Casa Rosada y el Congreso. En Córdoba, la Córdoba argentina, todo debe girar alrededor de la Universidad.

Pues bien; si yo quisiera explicarme Rosario, hoy empezaría por fijar, claro es, el puerto, al lado

o en él un inmenso granero, al cual llegan incesantemente cereales, y cerca del granero un gigantesco cargador de granos. Pero, en el centro de todo, colocaría la Bolsa de cereal, con su curioso montaje de regulación y para facilitar las transacciones sobre granos, mediante sobre todo, la determinación y comprobación de los “tipos” para la venta del maíz y del trigo. Dentro de la Bolsa, señalaría la rueda de las ventas u operaciones a término, centro aquel de la intensa agitación pasional del negocio, del “financismo” palpitante, movido por el estímulo excitante, a veces embriagador del juego... de Bolsa, que llamamos, para despistar, *especulación*.

En el Paraná

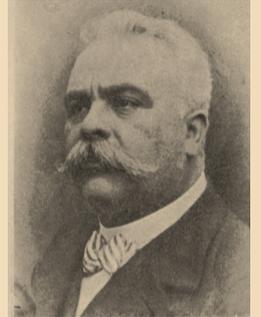
Una mañana fresca, despejado el cielo, el río cubierto por una neblina tenue... dejamos el puerto y remontamos el Paraná una vez más: ahora en un vaporcito que gallarda y graciosamente surca las lechosas, más que lechosas barrizosas aguas del río inmenso. Seguimos de cerca la honda barranca, coronada de torres de cargadores, de tejados de galpones, de chimeneas humeantes, cruzamos con un barquichuelo esbelto, que animaba el río con su silueta elegante, fina y sus velas en parte desplegadas. El sol reflejaba, a ratos, su luz fuerte en las aguas, que, de momento, despedían una claridad brillante como de plata bruñida...

Fue aquella expedición un agradabilísimo episodio de los buenos días de Rosario. Remontábamos el río, hacia el Puerto Borghi, donde nos esperaba la amable acogida del coronel Baldrich. Una breve visita al establecimiento militar, fábrica de municiones, modelo de orden, toda luz, aire, limpieza extrema: todo, en simpático ambiente de pulcritud, revelador de un espíritu delicado, con el alma, a la obra.

De vuelta a Rosario, el río más sereno —se “acostara” el viento— presentaba su superficie lisa, tersa: unos instantes dorada por los rayos del sol al ocultarse encendido, como disco de oro, para quedar luego fría, plomiza, acerada, más bien. ¡Qué soberana belleza la de aquella hora siempre mística, en medio del río, bordeando las islas bajas que forma el Paraná!... Hora de recogimiento y de emoción melancólica. La *sensación* de América se goza allí en el río... o allá en la pampa... ¡Dos inmensidades!

Una entrevista. Don Sebastián Gana, decano de los inmigrantes

No hay datos ciertos de Eduardo Miragaya y Francisco Solanes. Se supone que eran dos de los tantos españoles de cierta formación arribados a la Argentina en el primer tercio del siglo XX, como parte de la inmigración más o menos cualificada que esperaba hacer carrera en la prensa y la tribuna pública del país. En 1934 publicaron *Los españoles en Rosario de Santa Fe. Su influencia en el progreso de la ciudad*, patrocinado por varias instituciones de la colectividad española rosarina y con prólogo del cónsul español en la ciudad Gonzalo Diéguez Redondo. Según Xosé M. Núñez Seixas el libro, del que aquí se publica un fragmento, “constituye un buen ejemplo de la moderada reivindicación del papel de España en América elaborada por la intelligentsia republicana hispánica en la Argentina”.



El señor Cónsul de España, nos había dicho una vez “¿Por qué no vamos a visitar a los “archivos vivientes” de Rosario? Aquí hay españoles anti-quísimos. Lo que ellos nos dijeran sería de gran interés. ¿Qué les parece si hablara a alguno de ellos para que nos recibiera?”

—Muy bien. Aceptado. Cuanto antes mejor. Y puede usted advertir, dijimos, que no iremos en actitud de *interviú*, un tanto impertinente, como es de rigor en estos casos.

En efecto al día siguiente acompañados del representante de España, con su rara amabilidad servicial, llamábamos en la casa de Don Sebastián Gana, quien nos recibió en la puerta, acogiéndonos con frases cordiales de bienvenida.

—Aquí me tienen ustedes, nos dijo, dispuestos a contestar a cuanto quieran preguntarme.

—Nada de reportajes, Sr. Gana. No venimos dispuestos a encauzar la conversación en ese tono de las entrevistas periodísticas. Puede usted decirnos y hablarnos lo que le parezca y como le parezca.

—Lo que pueda decirles, señores, no tiene la mayor trascendencia, no creo que pueda interesar a nadie los recuerdos de un vejstorio como yo que ha cumplido los noventa años. El tiempo pasa sin darnos cuenta con sus alegrías y sus tristezas. Ustedes me ven, un poco asombrados, ágil y bien, felizmente todavía; como inmobilizado en el tiempo, sobreviviendo a

todos. Les contaré, pues, recuerdos de mi vida en Rosario. Pueden empezar a tomar notas.

—Ya estamos dispuestos. Cuando guste.

—Llegué, precisamente, nos dijo, en momentos espectaculares en que la ciudad sufría esas emociones del choque de las armas. El día de la batalla de Pavón. Como ustedes no ignorarán llegué por vía fluvial. El desembarco, primero en Buenos Aires y después aquí era naturalmente un tanto molesto y complicado. ¡Qué transformación más extraordinaria han experimentado estas ciudades en los años transcurridos! Aquí mismo en donde hoy se levanta la edificación moderna de las calles Mendoza, Córdoba y Corrientes había una magnífica laguna que llegaba cerca del mercado Sur. ¡Y qué decir de Buenos Aires! Cada vez que la visitaba, después de mi llegada, encontraba una ciudad desconocida y nueva. Los rascacielos de ahora, los trenes subterráneos. Me parece todo increíble.

Como español enraizado en esta tierra, quiero expresar a ustedes la satisfacción que me ha proporcionado las obras de la empresa “Chadopif” [Compañía Hispano Argentina de Obras Públicas y Finanzas] en la que ha intervenido España como un acto admirable que ha podido consumir, doblemente simpático, por cuanto es un aristócrata ingeniero el que las dirige y que ostenta un título nobiliario. El nombre español ha adquirido de esta forma,

Arriba: Enrique Corona Martínez, Juan Canals, Carlos Casado.

Abajo: Emilio Estévez y empleados.



Derecha: Palacio Cabanellas, La Favorita y Palacio Fuentes.
Archivo Fotográfico Museo de la Ciudad.

Abajo: Club Español. Archivo Fotográfico Museo de la Ciudad.

como en el vuelo del “Plus Ultra” jerarquía de algo que puede osar las mejores empresas de la civilización.

Me he alejado sin querer del viejo y querido Rosario, cuando había para nuestro solaz un amable jardincito de recreo en la calle Mitre entre Catamarca y Salta. En este jardín hemos paseado nuestras ilusiones. Allí distraíamos el espíritu del trajín cotidiano.

Los días festivos íbamos a oír la retreta en el cuartel “1° de Mayo” que estaba en las calles San Luis y San Juan, a la hora de pasar lista. También íbamos a la plaza “25 de Mayo” a oír música por las noches, los jueves y los domingos. Nuestras diversiones, como ven, no podían ser más inocentes. Teníamos por costumbre, aparte de esto, asistir a las tertulias de los amigos que se celebraban en los negocios. Tomábamos el café, la copita, y, cada cual, establecía su centro de reunión en donde mejor le placía. ¡Cuántas discusiones, cuántos proyectos, qué fogosidad y sobre todo, lo que recuerdo con más delectación es la armonía que reinaba entre todos! Estábamos nivelados por la cantidad de entusiasmo no por el dinero. Había entre nosotros compatriotas de gran fortuna. Antonio Zubelzu era riquísimo. Joaquín Lejarza ayudaba a cuantos le solicitaban algo, facilitaba dinero y medios de trabajar generosa y graciosamente. Juan Canals favoreció e hizo el bien sin mirar a quien. Carlos Casado era el tipo representativo español; el arquetipo. Un individuo enormemente emprendedor que tan pronto disponía de cinco millones de pesos como se quedaba sin nada, listas alternativas, las causaban su natural disposición para acometer empresas que nos dejaban estupefactos, y las épocas difíciles que se atravesaban de crisis locales. Era hombre de ocurrencias geniales. Había terminado los estudios de marino mercante y sus aficiones náuticas y sus rasgos desprendidos le llevaron a España para asistir a las pruebas del submarino Peral. A un ex-marino como él, de ideas elevadas, lo que le faltaba era navegar por debajo del agua.



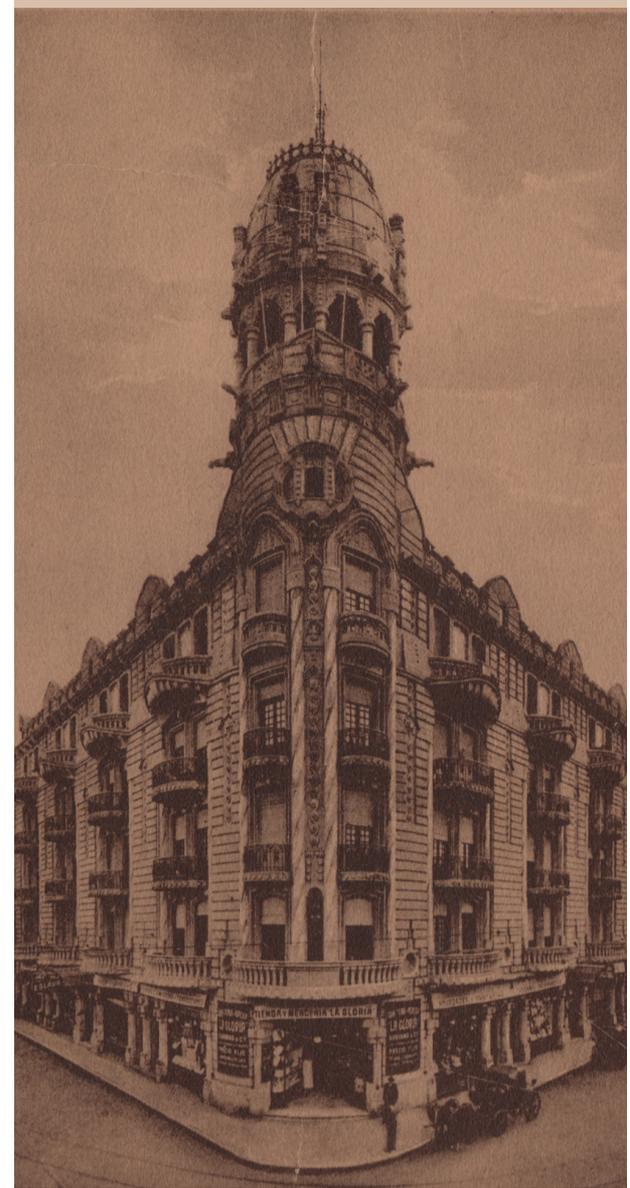
Seguramente —continuó— aquella época era de más ilusiones, lo creo así por la cantidad de proyectos. ¡Las redes que habremos tendido de ferrocarriles y el entusiasmo que habremos derrochado para construir el puerto de Rosario! Porque aunque no lo hayamos hecho; nosotros empezamos.

El señor Gana, hizo una pausa y pidió una botella de Oporto Anejo para obsequiarnos, llevándose una copita a los labios para humedecerlos en honor de sus visitantes.

La entrevista era animada por la facilidad de su gran memoria. No teníamos que preguntar nada. Las explicaciones fluían de una forma cómoda para nosotros que no hicimos más que escuchar y apuntar algunos datos. Continuó diciéndonos.

—Me retiré de los negocios hace más de cuarenta años. Tal vez deba esta senectud, que a ustedes les parece excelente, a la tranquilidad de mi vida libre de esas preocupaciones, de sobresaltos por las pérdidas, y de ambiciones por las ganancias. Liquidé mis asuntos y fui a viajar. Debo advertir a ustedes que yo he sido un español típico, un español al que se le puede achacar como defecto la individualidad. He sido personalista en el buen sentido de la palabra. En esto me parezco a otro compatriota que andaba por aquí, el agrimensor Julián Bustinza que tenía su vara propia para las mediciones de los bienes raíces con la que se han medido la generalidad de Rosario. Se usaba la castellana de 0.836 milímetros; la rosarina de 0.862; la nacional de 0.866 y este uso diverso producía dificultades por la diferencia entre ellas. Y es lo que decía él. ¿Por qué no adoptan ustedes la mía que es con la que ahora se está midiendo? La vara de Bustinza es célebre en Rosario, era de 0.843 milímetros. Como decía, creo que lo menos que puede aspirar un hombre es a la libertad de acción. En cuanto pude me desligué de comanditarios y dependencias que cohibían mi manera de ser, impidiéndome vivir con arreglo a mis opiniones. Marché con mi señora a Europa, a ver sus monumentos, a conocer sus costumbres y sus museos. En Alemania, recuerdo, una vez tomábamos un intérprete y resultó que no sabía español. Por llevarnos a un sitio, nos llevaba a otro. Creo que conocía Berlín peor que nosotros. Era un intérprete improvisado. Estuvimos dando vueltas hasta que nos perdimos. Aquello era una desilusión para nosotros que creíamos que todos los alemanes eran técnicos, sabios y serios. Se nos cayó un prejuicio de encima. Nos convencimos que no se puede hacer mucho caso de las leyendas. En España, experimenté el dolor de todos los que han estado ausentes muchos años. Habían pasado muchos años desde que nos despedimos de nuestras familias, desde que dijimos adiós al paisaje y a los amigos. Yo tenía un mundo de recuerdos vivificados por el espíritu. Llegué y me encontré todo cambiado al correr del tiempo. Los amigos ya no eran aquellos jóvenes; las mozas estaban marchitas y los ancianos habían muerto.

¡Volver, volver! Esta palabra que yo había

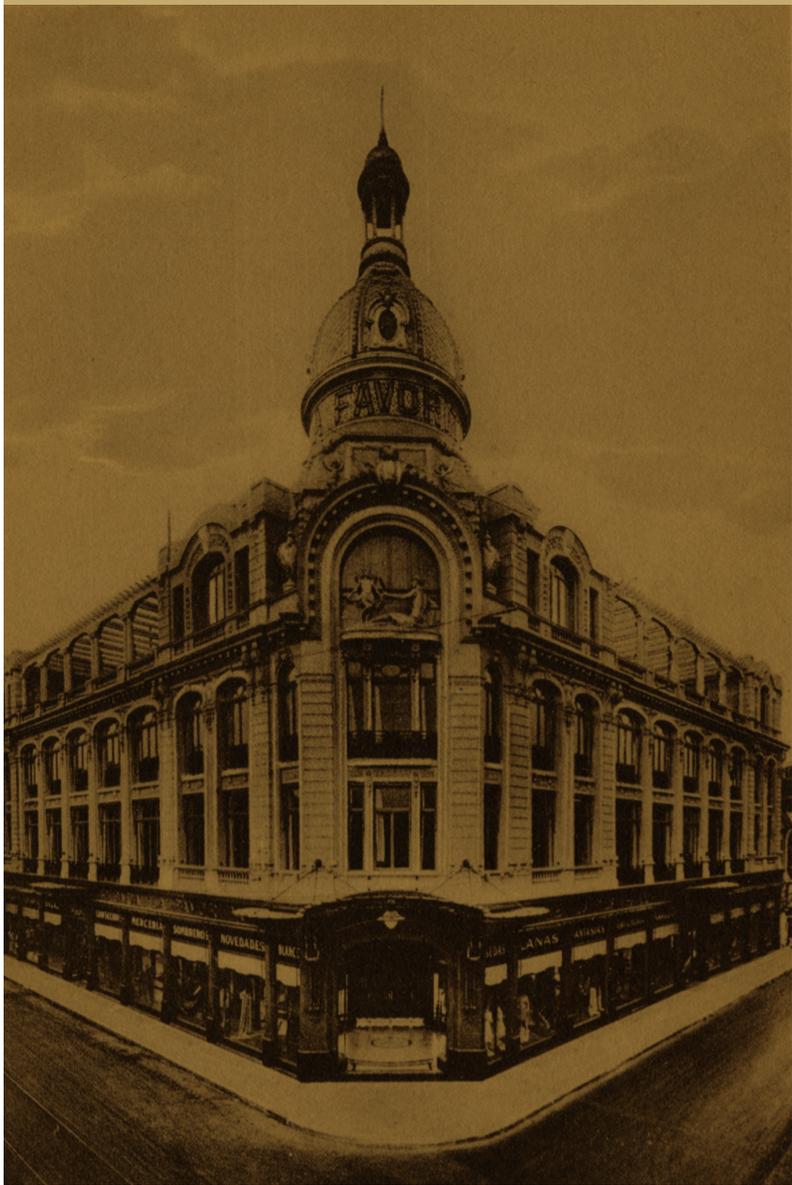


repetido tantas veces con infinita nostalgia se me borró por completo. Al pasar por donde había vivido de niño, y de joven; al no encontrar nada me acometió una tristeza como si hubiese visitado un cementerio.

Entonces, señores, volví los ojos a esta tierra. Esto, para mí, como para muchos, es mi rincón; comprendí que era amante de él. Estoy connaturalizado con Rosario. La vida no puede ser de otra manera. Casi toda mi existencia ha transcurrido aquí, me siento vinculado a Rosario en todos aspectos y lo que es más triste, al rincón aquel que no tengo que volver ya para nada.

—¿Y no serviría eso que le ha sucedido a usted como calmante para los que no pueden regresar y están siempre suspirando?

—Creo que no. Y vayamos a lo que nos interesa. En la colectividad española he actuado, oficialmente se puede decir, desde mi arribo a Rosario. He sido fundador del Club Español cuando se llamaba Centro Español, hace aproximadamente más de medio siglo; me correspondió junto con Don José Saavedra, desaparecido, adquirir los muebles y sigo siendo socio aunque en forma pasiva. En la Asociación de Socorros Mutuos, ya casi he perdido la cuenta. Esta institución española ha desempeñado en esta ciudad una gran función. Cuando la epidemia de cólera, por ejemplo, nos invadió, sus auxilios fueron valiosísimos. Contribuyó con dinero a la suscripción popular y cedió los servicios que había disponibles para atención sanitaria a la Comisión del pueblo creada para esa emergencia. El Centro Español tuvo su época brillante, no porque yo actuara en él, claro está —dijo sonriendo— porque con el Club del Fénix eran los dos únicos centros sociales que había. Siempre estábamos de fiesta. La oficialidad de Rosario comía con noso-



tros. Por cualquier pretexto una romería, una recepción; a divertirnos.

Teníamos elementos de gran valer. Ustedes seguramente han oído hablar de don Enrique Corona Martínez. Era creol, madrileño, un orador maravilloso, el primer Rector de este Colegio Nacional. Había sido diputado a Cortes y director del Liceo de Barcelona. Uno de tantos inmigrantes políticos, pero que en Rosario no abundaban. Antes de llegar a la Argentina vivió en Inglaterra y en Francia, desarrollando unas actividades intelectuales extraordinarias y publicando libros y artículos. Fue amigo de Sarmiento y Avellaneda con los cuales colaboró por la difusión de la cultura en este país.

Conocerán, me imagino esos datos que se refieren a las primeras exportaciones de cereales por los españoles de Rosario que iban consignadas a Ibarra, los banqueros de Bilbao y esa serie de antecedentes en cuanto a la construcción de edificios. Pues bien, el español José Soler, arquitecto, construyó el Centro Español como más tarde otro arquitecto nuestro construyó el Club. Mucha de la construcción de entonces se debe a Máximo Lascano, a Enrique Duran y otros. El edificio que hoy ocupa el Banco Británico, es una modificación de la casa de don José Contes, hombre de empresa con "registro" —almacén de tejidos por mayor—.

¡Ah! Otro dato que se me ha pasado al hablar de los cereales. He leído no hace mucho una estadística sobre la producción de cereales y nuestro compatriota don Juan Fuentes figura en ella como el primer productor de maíz del mundo. No recuerdo la fecha, porque en esto, unas veces, son unos y otras veces son otros. La cantidad, me parece haber leído que se trata de ochenta mil toneladas de producción y en segundo lugar otro nombre nuestro, el señor

Uranga hijo de español. Esto conforta a cualquiera.

Si ustedes no se duermen —nos dijo medio riendo— yo tengo para rato. Desde el año 1860 al 1870 en el ramo de tiendas al menudeo el 80% era comercio español.

Bancarios: el Banco Provincial de Santa Fe estaba dirigido por Carlos Casado, Ibarlucea, Lejarza, Aldao, Alvarado, Caries y Rodríguez. El director gerente del Banco Argentino era Francisco de Paula Ruíz. El gerente del Banco de España, Juan Sugasti y el Presidente del Consejo Ejecutivo de Rosario Pío Recalde, dueño, a su vez del Hotel Argentino.

Agentes marítimos lo eran José Ibáñez y García. Vistas de Aduanas Gabriel López, Undabarrena y José Puente, Escribanos, Ignacio Llobet y Manuel Granadero.

Consignatarios, Quintín Gastañaga y Eugenio Menéndez. Agente corresponsal de prensa española José Fayó. Almaceneros por mayor, Antonio Zubelzu, Rosendo y Francisco Ferrer, José y Manuel Otero, Manuel Caries, Domingo Falencia, José García González, Juan y Ceferino Sugasti, Alfaro, José Berdaguer, Bestarrica, Escayola y Canals. "Registros" José Contes, Redonet, José del Cerro, Cerro y Gana Manuel y Sebastián, Ortíz Grognet y Cía., Correa y Cía, González Hermanos. Pedro Mioño. Barracas de frutos. Sastres y...

—¡Ya es suficiente! No escribimos ni una letra más señor Gana. Estamos convencidos, es usted un "archivo viviente". Cuando se llega a esa edad y con sus buenas facultades hay que aclamar el triunfo que usted ha obtenido sobre la vejez. Nos ha hecho usted un gran obsequio que no sabemos cómo agradecer.

Nos hemos despedido de este señor que es todo naturalidad y que atento a sus propios

recuerdos, afectuosamente, nos ha informado ampliamente, dejándonos esa impresión del anciano a quien no hicieron mella los estragos de los años que sabe llevar con toda dignidad.

Eduardo Miragaya y Francisco Solanes: "Una entrevista. Don Sebastián Gana, decano de los inmigrantes" en *Los españoles en Rosario de Santa Fe. Su influencia en el progreso de la ciudad*. Rosario, Editorial La cervantina -Romanos Hnos., 1934.







Las islas

Desde lo alto del puente Rosario-Victoria se puede ver en toda su complejidad el delta superior del Paraná: un entramado de canales, vacas, cormoranes negros, playas y playuchas.

Durante algunos años fantaseé con escribir un libro argentino que se titulara *Las islas*.

Ni el interior del antiguo prostíbulo de Madame Safo, en pleno corazón del barrio de Pichincha, también conocido en los viejos tiempos como La Catedral del Amor, que fue convertido durante la década pasada en *telo* de lujo y donde resuenan los ecos de la antigua Chicago Argentina que reconstruyó Osvaldo Aguirre; ni en el taller de Daniel García, cuyos cuadros comunican una inquietud pasmosa que conecta perfectamente con el imaginario de César Aira (quien por cierto ambientó en Rosario una historia de superhéroes en segundo plano); ni recorriendo las plantaciones de soja —verdes como campos de dólares— y conversando con cultivadores e inversores, en una zona donde se ha difuminado la vieja distinción entre campo y ciudad; ni frente a las esculturas de cementerio que realizó Lucio Fontana; ni en la Galería del Pasaje ni en la librería Ross, la Rosario más benjaminiana: en ninguno de los espacios en los que escarbé en busca de una crónica encontré ni la mitad de la fascinación que en las islas, el otro lado del río que ignoró durante décadas la ciudad de Rosario.

Por eso leí a Juan L. Ortiz, que tanto escribió sobre esas aguas: *un infinito de islas*.

Y por lo mismo no es de extrañar que esta crónica comience mientras tres personas degustan, en un club de río, un surubí.

La costanera se convirtió durante aquellas estancias intermitentes en el teatro de mis paseos cotidianos. De vez en cuando me paraba y leía en un banco o en un café, de cara a la corriente marrón. En verano acampamos en alguna ocasión en las islas. No recuerdo mosquitos. Pero el archipiélago era sobre todo una sucesión que se deshacía, el recuerdo de un límite desarticulado, algo que está siempre ahí, como un muro, pero que —tal vez por el peso irrefutable del cielo— se vuelve invisible. Un espacio que nunca pisas. Un muro que nada separa.

O que nos separa de la nada.

Sólo una vez pude ver las islas en toda su complejidad: cuando crucé el puente a Victoria camino de Entre Ríos. O quizá fueran dos: han pasado cerca de diez años y mi propia memoria de aquellos viajes se ha vuelto un archipiélago sin puentes, de puertos escasos, sin conexiones regulares. Entonces, desde lo alto, se hizo real aquella extensión de fragmentos sólidos, aquel entramado de canales y vacas y cormoranes negros y playas y playuchas, islotes turbios como campos de arroz que desde la costanera no son más que un telón de fondo, un cuadro cubista y vaporoso desprovisto de realidad.

Nunca había bajado a uno de los clubes de río, esos locales de pescadores, con sus atalayas desde donde lanzar el anzuelo, que ya a mediados de la década pasada se veían anacrónicos en una metrópolis que —tras su remodelación por el Congreso de la Lengua— quería acabar de hacer realidad la vieja pretensión de ser la Barcelona del Cono Sur, con cafeterías de última generación que ponían en peligro la existencia de esos viejos edificios en el barranco, de esas terrazas y esos pescadores que desde el paseo fluvial no se ven.

Acababa de conocer a Edgardo Cozarinsky en su hotel. Debía de ser mediodía. Ultimaba una botella de Chandon. Lo acompañaba un hombrecillo con sobrepeso, descamisado y sudoroso, creo que con gafas: Emilio Toibero. He tratado de recordar su aspecto gracias a los buscadores de imágenes, pero si tecleo su nombre sólo aparecen fotografías de poetas y de directores de cine, como si la suma de los rostros de Cavafis, Godard y Resnais pudiera dar como resultado el suyo, el de quien más escribió sobre ellos en la Alejandría del Cono Sur —aunque se empeñara en ser su Barcelona.

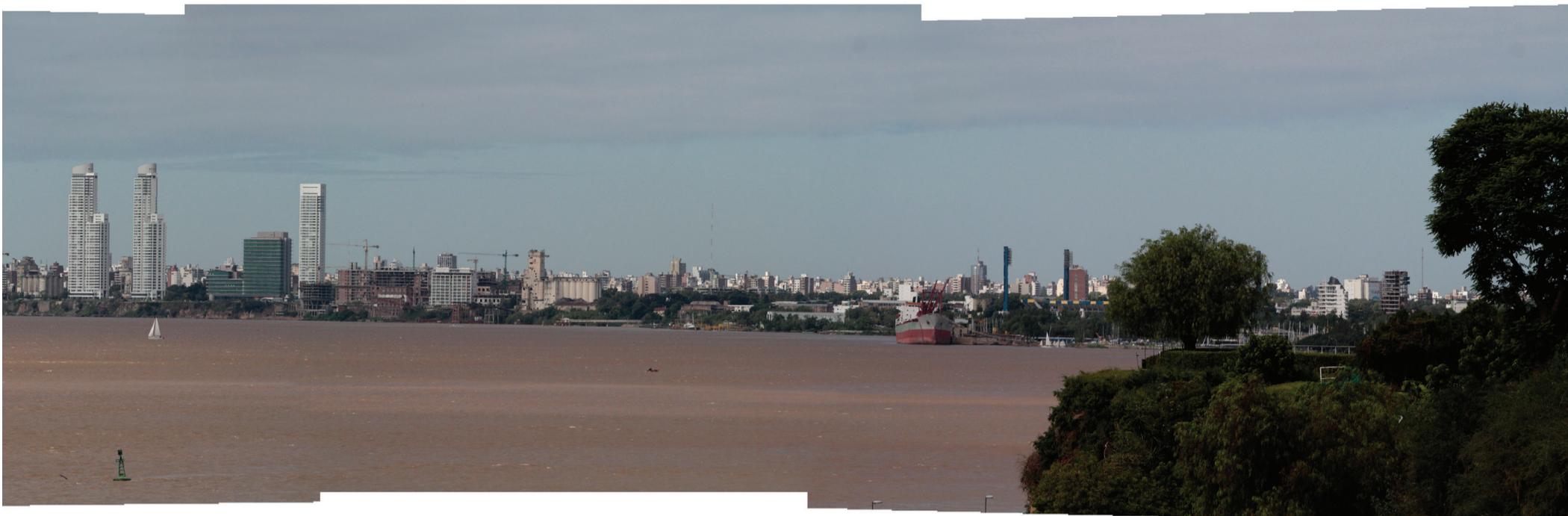
Pronto me quedó claro que no existía nadie en el mundo que supiera más sobre el cine de Edgardo Cozarinsky que Emilio Toibero. En algún momento nos habló sobre el libro que estaba escribiendo: la monografía que aquellas películas reclamaban. Ya existía en la revista *Tijeretazos* un

extenso artículo, la mayor aportación que se había hecho al estudio del cine de Cozarinsky, el prólogo de aquel libro que Emilio Toibero escribía desde hacía mucho tiempo, la obra de su vida.

Después de aquella comida memorable caminamos los tres por la costanera, hacia el Centro Cultural Parque de España; pero Emilio Toibero no quiso acompañarnos: estaba inmerso en un litigio laboral precisamente con esa institución. Aquella tarde Cozarinsky, en un auditorio lleno, nos habló de tango, de sus libros, de Borges, de sus viajes. Regresó a Buenos Aires al día siguiente. En Rosario nos quedamos Emilio Toibero y yo.

Nos citamos tres o cuatro veces. Eran citas veloces. Él me traía media docena de cintas de video. Yo le devolvía las que me había prestado en la ocasión anterior. Fue así como vi toda aquella filmografía pionera en el uso de la docuficción, aquellas películas filmadas en francés, aquellos documentales parisinos, muchos de ellos hechos para la televisión gala, puro cosmopolitismo de palabras e imágenes. Ensayos fílmicos que dialogaban con los grandes escritores de Tángier, con Van Gogh, con Bioy Casares, con Langlois. Tal vez fuera por esa pieza que Emilio Toibero cobró a mis ojos también el aspecto del legendario director de la Cinemathèque, que salvó buena parte de nuestra memoria visual del fuego de los nazis. En lugar de cochecito de bebé, él traía las cintas de VHS en su mochila. Nos tomábamos un café rápido. Intercambiábamos la mercancía. Yo veía las películas. Las copiaba. Se las devolvía. Tres o cuatro citas ultrasónicas. Tal vez cinco. La última, en un maxiquiosco con máquina de café, frente al edificio en que visitaba su abogado.

En el Goethe Institut de Buenos Aires hice cuatro cursos intensivos de alemán. Como siempre me ha disgustado la gramática, durante las cinco horas diarias que pasaba en su biblioteca, entre ejercicio y ejercicio, leía en traducción a Benjamin, a Von Rezzori, a Sebald. Cuando me mudé a Rosario opté por clases particulares y encontré a un profesor



Desde la costanera urbana, en cambio, el delta es un telón de fondo, un cuadro cubista y vaporoso donde proyectar, a través de los años, los recuerdos de la Barcelona del Cono Sur. TEXTO: JORGE CARRIÓN | FOTO: HÉCTOR RIO

de excepción: Héctor Piccoli. Las lecciones tenían lugar en su apartamento, en lo alto de un edificio junto al Paraná. No era extraño que yo sacara de quicio la clase y la desviara hacia la poesía de Juan L., hacia el manifiesto fractal o hacia las traducciones de los barrocos alemanes que había hecho el propio Piccoli, quien sostenía que el siglo XX había despoetizado la poesía, había neutralizado lo que en ella había de *arte*. Hay muchas fotografías suyas en los buscadores de imágenes, ese archipiélago infinito, entremezcladas con las de Paul Celan y Sor Juana Inés de la Cruz: en todas ellas destacan las líneas de su frente, estratos o viseras de una mirada inteligente y nerviosa.

En algún momento, entre clase y clase, le escribí un email a Emilio Toibero, y le llamé, sin obtener respuesta. Me olvidé de él. Ese olvido coincidió con visitas frecuentes a una residencia geriátrica, que me desgastaron como sólo pueden hacerlo ese tipo de espacios, cuyo olor a hospital, cuyos efluvios me sumergen en una ensoñación enfermiza similar a la que provocan en mí las semanas más calurosas del verano. De algún modo aquellas visitas, pese al olvido o precisamente a causa de él, me acercaron sin yo saberlo a Emilio Toibero, a su desaparición. Yo me enfrentaba a la progresiva extinción de un ser humano mientras en mi interior alguien que había accedido a compartir conmigo su más preciado tesoro, de quien yo había copiado todas las cintas de video de su director favorito, sobre el que él escribía un libro definitivo, también se borraba. Como si yo grabara una película encima de otra película y ambas trataran sobre una muerte, pero la segunda, por el mero hecho de ser presente y de ser visible, fuera más poderosa que la otra, cuyo final yo ignoraba.

Hasta que un día, en una reunión, alguien me dijo que Emilio Toibero había muerto y que me contactaría con la persona que había heredado su colección de cintas de video.

La experiencia es continua, nuestro recuerdo es fragmentario. De modo que entre aquella

conversación y la tarde en que conocí a Mauricio Alonso probablemente pasara de todo. Yo seguí escribiendo mi libro de viajes por Australia, yendo al cine o paseando por el río por las tardes, asistiendo a mis lecciones de alemán, cocinando por las noches, compartiendo *carlitos*, helados, asados los fines de semana. Aunque no en gerundio: cada acción, cada lectura, cada paseo, cada comida, cada sesión de escritura fue individual, hechos en pretérito perfecto; pero ahora configuran una masa amorfa, el Pasado, que trato de moldear en estas líneas, como si se tratara de domar un archipiélago en que predominan las lagunas, las zonas muertas, los espacios vacíos.

Su discípulo me contó que Emilio murió en su casa, de un ataque al corazón, probablemente tras una cita con su abogado. Su heredero me contó que Emilio pasó tres días en la morgue, sin que nadie lo reclamara. La persona que ahora atesora buena parte de sus videos y de sus libros me reveló que Emilio estaba solo. Yo no había sabido ver aquella soledad corrosiva. Aquel corazón torturado por la última dictadura militar. Mauricio Alonso también me contó que él se había quedado con su disco duro. Que lo había revisado a fondo. Que en él no existía ningún libro, ni siquiera un archivo de un texto en marcha sobre el cine de Edgardo Cozarinsky.

Ahora vivo en Barcelona: la Alejandría, la Rosario de España.

Hace un par de años, aprovechando una visita a Buenos Aires, me escapé veinticuatro horas a la Chicago argentina. Para mi sorpresa, mi corazón mantuvo las pulsaciones habituales en las librerías Ross y El Ateneo, en la esquina de Italia con Córdoba y en la estación de autocares rodeada de *telos*; pero se me desbocó frente al río marrón. La primera vez que lo vi me pareció extremadamente feo. Ese color de tierra sucia. Ese charco en movimiento. Pero me fui dando cuenta de su belleza. Una belleza continua, que se desliza constantemente como la cinta transportadora de los aeropuertos,

pero que se activa con el poder anacrónico de los barcos. El casi silencio de esos barcos cargueros recuerda el ruido amortiguado de los discos duros. Tú escribes en el teclado, letras como éstas van apareciendo en la pantalla y ahí, al fondo, como una letanía, como un kadish, suenan las entrañas del ordenador, su digestión de tu memoria.

Las islas están ahí, al fondo, como testigos de la ciudad alejandrina. En segundo plano. Tal vez sean así los grandes rosarinos, al menos los que yo llegué a conocer.

Es probable que el rosarino más importante de la historia sea Lucio Fontana, uno de los grandes secundarios de los museos de arte contemporáneo, cuya poética se fraguó en Santa Fe, pero explotó en Italia cuando ya había cumplido el medio siglo de vida. Ésta sólo puede entenderse mediante la figura del zigzag. Fue y vino repetidamente de Argentina a Italia, de Italia a la Argentina; pasó más de dos décadas en Rosario, donde realizó sus obras secundarias, porque el *concepto espacial* se le ocurrió en Europa.

Cuando pienso en él casi siempre acabo indagando en su herida. Porque mucho antes de herir los lienzos, de rajarlos, de horadarlos, de agujerearlos, su propia carne albergó una herida. Comenzó su larga serie de *conceptos espaciales* tras la segunda guerra mundial, de cuyos estragos se refugió en el Cono Sur; pero la primera gran guerra la vivió en Italia, como soldado. Y fue herido. Y dado de baja. Y condecorado. Quiero creer que esa hendidura, que ese dolor, treinta años más tarde, después del ir y venir entre dos continentes, se formalizaron en unas obras perdurables.

El tiempo sedimenta los materiales que ha ido erosionando la memoria. El arte trata de dar forma a dolores antiguos y restituye y convierte el recuerdo, que se desvanece, mediante pinceladas o frases, en heridas que pese a haber sido limitadas, formalizadas, traducidas, nunca acaban de cicatrizar.

El autor nació en Tarragona en 1976. Es doctor en Humanidades y da clases de Literatura Contemporánea y Escritura Creativa en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Publicó, entre otros libros, la novela *Los muertos* (2010) y las crónicas *Australia. Un viaje* (2008), *La piel de La Boca* (2008) y *Librerías* (2013).

El mundo del río

El autor nació en Gijón en 1975. Es profesor de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Publicó, entre otros libros, *A contratiempo. Epistemología, historiografía y marxismo (2001)* y *Los límites de las ciencias sociales. Una defensa del eclecticismo metodológico de Karl Marx*. Colaboró en <http://www.rebellion.org> y administra el blog <http://espejismosdigitales.wordpress.com/>

Mi primer día en Rosario desperté de madrugada a causa del desfase horario. Había llegado de España el día anterior y antes de acostarme me había tomado un somnífero que mayormente me había producido una equilibrada mezcla de insomnio, resaca y dolor de cabeza.

Así que salí a pasear. Eché apenas un vistazo displicente a un plano que me habían proporcionado en el hotel. Imaginé que un viajero bregado en los callejones tortuosos de Roma y Praga no necesitaría un mapa para orientarse en aquella cuadrícula urbana trazada con tiralíneas. Sencillamente eché a andar. Supongo que al fin y al cabo las pastillas sí habían hecho algún efecto porque se me fue el santo al cielo. En algún momento me di cuenta de que estaba completamente perdido.



Miré el reloj del celular. Llevaba caminando cerca de una hora. Estaba en una zona de casas de una planta un tanto destartaladas, sin apenas coches aparcados ni ningún comercio a la vista. Las calles no tenían placas con su nombre y tampoco se veía nadie a quien preguntar. Tuve un breve y absurdo momento de pánico. Generalmente me oriento bien, al menos en las ciudades. Como contrapartida, las pocas veces que me pierdo experimento una desazón profunda.

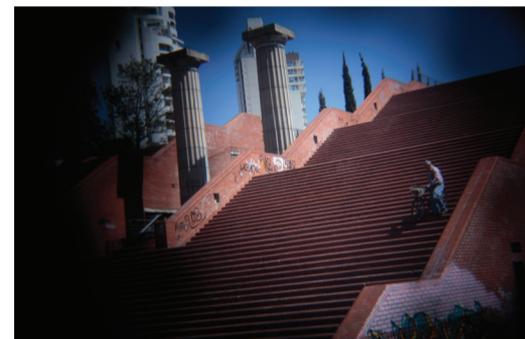
Me serené y traté de retroceder buscando alguna calle que me resultara familiar. No lo conseguí,

pero acabé en la ribera del Paraná a su paso por una zona industrial. Había visto el río la noche anterior pero no había prestado mucha atención. Esa mañana, en cambio, un barco avanzaba río abajo cerca de la orilla. Nunca había visto embarcaciones fluviales de ese tamaño. Era gigantesco. Sin embargo, no resultaba desproporcionado. Al contrario, era un punto de referencia que ayudaba a hacerse cargo del tamaño del río. Como cuando la luna se empequeñece al mirarla a través de un tubo de papel.

En la orilla de enfrente se distinguía vagamente la vegetación de entre la cual, mucho más allá, surgían penachos de humo. Procedían de incendios, me habían dicho, avivados en algún lugar de aquella extensión aparentemente ilimitada de praderas que prolongaban el río. En ese momento entendí, creo, algo sobre los grandes ríos y también sobre Rosario.

Frank Westerman cuenta en *Ingenieros del alma* que en el período más oscuro de la dictadura estalinista la censura y la persecución del desviacionismo literario alcanzó tales niveles que los escritores rusos se iban quedando progresivamente sin temas sobre los que escribir. Aterrados, buscaban en las esencias del realismo socialista tramas irreprochables. Era en vano. Para los comisarios políticos nada era lo suficientemente patriótico, ortodoxo y bolchevique, o bien lo era demasiado. El único reducto temático libre de peligro fueron las grandes obras de ingeniería hidráulica. No deja de ser irónico, porque hay una vieja teoría de origen marxista que relaciona las civilizaciones fluviales, capaces de gestionar los recursos hídricos y la tecnología de la irrigación, con formas de despotismo arcaico muy resistentes al cambio.

En cualquier caso algunos novelistas rusos consiguieron sobrevivir hasta el deshielo narrando la construcción de las represas, exclu-



sas y canales que someterían las aguas a la voluntad del hombre nuevo. Si hubieran tenido que escribir sobre el Paraná a su paso por Rosario en vez de sobre el Volga y el Don, no me cabe la menor duda, también ellos hubieran acabado en un gulag. Hay algo en este río que invita a cuestionar la solidez e inevitabilidad de nada que no se haya sedimentado a lo largo de unos cuantos centenares de miles de años. Tal vez sea la abrumadora continuidad entre la planicie de la pampa húmeda y el flujo del agua. La idea de que algo así se puede domeñar no resulta soberbia sino cómica.

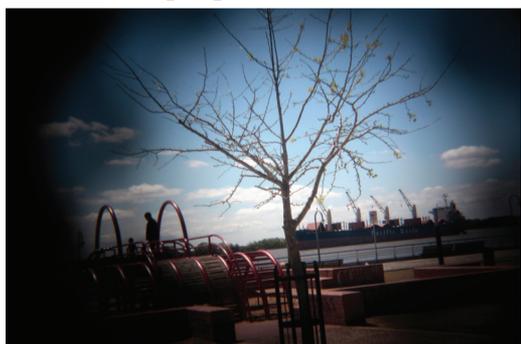
Leí en algún lugar que la cuenca del Paraná era el área más urbanizada de Sudamérica. ¿Urbanizada!? La costa mediterránea está urbanizada, la cuenca del Ruhr está urbanizada... Rosario muestra con desparpajo lo que, en el fondo, toda ciudad es: un liquen fugaz aferrado a una imperturbable eternidad mineral. Tal vez por eso a primera vista parece mucho más pequeña de lo que es en realidad.

Recuerdo que aquella mañana al borde del río pensé: *"A vuestros cuerpos dispersos"*. No es que estuviera de un humor particularmente oracular, es el título de la primera parte de la *Tetralogía del Mundo del Río*, el clásico de ciencia ficción de Philip José Farmer. La historia comienza cuando toda la humanidad resucita



El viejo continente ha desaparecido, se disolvió en un éter viscoso de ironía y aburrimiento. En América del sur, en cambio, todavía pasan cosas, algunas terribles, otras extraordinarias. Para el que viniendo de Europa se pierde en sus calles, la ciudad cuadriculada y fluvial encarna a la perfección esa fuerza de lo posible. **TEXTO: CÉSAR RENDUELES | FOTOS: HÉCTOR RIO**

simultáneamente a orillas de un gran río en un planeta extraño. Los redivivos son inmortales: pueden ser asesinados o fallecer accidentalmente, pero siempre reaparecen en algún lugar de la ribera. Es una especie de versión anfetamínica de la idea del eterno retorno. Todo puede volver a pasar pero, por eso mismo, también puede ser evitado. Los fanáticos religiosos medievales pueden refinar sus técnicas de odio al entrar en contacto con psicópatas nazis. Pero los antisemitas del siglo XVIII pueden aprender las lecciones retrospectivas del Holocausto y revisar sus creencias. El mundo del río es un lugar donde, como quería Walter Benjamin, nada de lo que ha acontecido se da por perdido para la historia. Es el hogar de una humanidad redimida cuyo pasado se conserva en todos y cada uno de sus momentos, desde los más gloriosos hasta los más insignificantes. A lo que se refería Benjamin es a que la opresión no consiste sólo en miseria material o tutela política sino también en una clausura de posibilidades históricas, en una oclusión de alternativas que —una vez impuesta la perspectiva de los vencedores— se nos presentan como felizmente descartadas e irre recuperables: como si la facticidad actual fuera al mismo tiempo óptima e inevitable.



Precisamente estaba en Rosario para hablar sobre Walter Benjamin. En Argentina hay una formidable tradición benjaminiana. Fue uno de los primeros países, Alemania incluida, donde se empezó a recuperar su legado filosófico en los años sesenta del siglo pasado. Creo que es una relación de copertenencia, pese a que Benjamin nunca viajó a América. Lo más lejos que llegó fue a Rusia, un clásico del turismo revolucionario de su época. La verdad es que, como siempre nos ocurre a los viajeros accidentales, Benjamin no se enteró de gran cosa de lo que pasaba en la Unión Soviética en 1927. En sus notas sobre



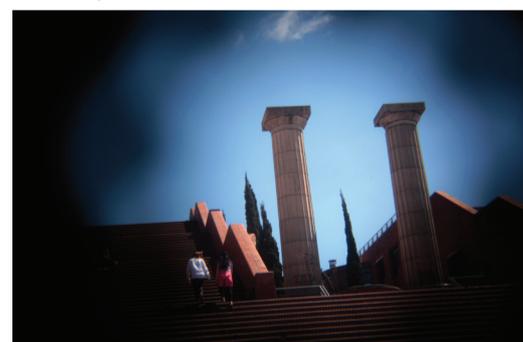
un museo moscovita escribe: “En Rusia el proletariado ha empezado realmente a tomar posesión de la cultura burguesa, mientras que en Alemania los pocos proletarios que lo intentan parece que estuvieran preparándose para un robo”. En su descargo hay que decir que lo que creyó encontrar en Rusia fue precisamente lo que estaba buscando: una vía de escape a la inercia de la experiencia burguesa, reducida y esclerótica, que detestaba denodadamente. Vio en el Moscú de entreguerras un ejemplo de cómo los estratos de realidad sepultados bajo el presente podían iniciar por sorpresa una intensa actividad tectónica que, para bien y para mal, tambaleaba las certezas constituidas. Creo que hoy encontraría esa fuerza sísmica a este lado del Atlántico. Tal vez en Rosario.

Pues finalmente ha ocurrido lo que Benjamin temía. España y puede que toda Europa han desaparecido. Hace tiempo que se disolvieron en un éter de ironía y ennuí. En un escenario situado al norte de África cincuenta millones de personas representan diariamente una sainete pequeñoburgués aburrido y extremadamente alienante. Han repetido las escenas tantas veces que han olvidado que alguien escribió su papel tiempo atrás. Ocasionalmente introducen pequeñas variaciones en el texto para obtener una leve sensación de esponta-



neidad residual. Para ellos Argentina —toda Suramérica, en realidad— es un lugar mítico donde aún pasan cosas. Algunas terribles. Otras extraordinarias. Donde las intervenciones políticas tienen efectos explosivos. Donde experiencias culturales exquisitas se desvanecen como el humo que son y en cambio proyectos que la crítica olímpica había decretado superados rejuvenecen.

Rosario encarna a la perfección esa potencia de lo posible. Buenos Aires es demasiado grande, demasiado loca, demasiado Buenos Aires. Por eso su río es un mar. En cambio, aguas arriba el mundo del río parece escrito en una lengua extraña pero al menos viva y tal vez inteligible. A algo así se refería Benjamin cuando escribía desde un barco: “Vi de repente dos bandadas de gaviotas, puestas una al este y la otra al oeste, una a la izquierda y otra a la derecha, pero tan diferentes que no era posible el llamar ‘gaviotas’ a las dos. Los pájaros de la izquierda conservaban sobre el fondo del cielo fenecido alguna cosa de su claridad, aparecían y desaparecían a cada giro, se entendían o se evitaban, y parecían no dejar nunca de tejer ante mí con sus alas una serie ininterrumpida e infinita de signos, una malla efímera y mudable, mas sin duda legible”.



Epaña

A diferencia de las grandes metrópolis, como Buenos Aires o México DF, con sus barrios de un gigantismo desaforado, Rosario se alarga en un continuo bajo de casas con talleres de automóviles, como si los suburbios, demasiado amplios

El chófer llegó a las siete de la mañana. Llegó a las siete aunque el autobús salía a las diez y ya había visto en internet que la estación estaba al lado, así que le dije:

—Hemos quedado a las nueve, no a las siete.

Y él me contestó que no iba a dar tiempo a llegar.

—Joder, no voy a ir tres horas antes del viaje. Si quiere, recójame — no se dice recójame en Argentina, pensé—, lléveme a las ocho. Tengo que desayunar.

Así que desayuné mientras el chófer enviado por el Centro Cultural de España en Buenos Aires esperaba en el hall del hotel. Desayuné, preparé la maleta, dejé en el hotel los libros que me habían regalado... Porque me habían regalado ya más de quince libros en sólo tres días. Hice un cordoncito para unos vinilos de country y lo fui metiendo todo en el coche, hipertranquilo.

Llegamos tarde, así que perdí el autobús.

El chófer no cruzaba cuando el semáforo aún estaba en verde y llegamos sólo dos minutos después de que el autobús se hubiera marchado, así que tuve que comprar un billete para el siguiente y buscar un locutorio para mandar un mensaje al Centro Cultural de España en Buenos Aires. Tenían que recogerme más tarde en Rosario. A tiempo, cambié "recogerme" por "esperarme".

La verdad es que siempre soy puntual y es la única vez que he perdido un medio de transporte y creo que en parte se debe a que ya con mi llegada me miraban de un modo sospechoso. Para el Centro Cultural de España en Buenos Aires fui, desde que llegué, un menor que no sabe coger un medio de transporte. ¿Por qué? Porque llegando en el avión de España a las cinco descubrí (oh, tierra redonda) que no llegaba a las cinco de la tarde, sino a las cinco de la madrugada, y les había dado mal la hora. Tuve que esperar en el hall del hotel hasta las doce. Y se me sentó al lado un señor con pinta de puritano que identifiqué como J. M. Coetzee, pero a lo que íbamos.

Mandé el mensaje a la novelista Mercedes Álvarez del Centro Cultural de España en Buenos Aires, que ya la noche anterior, después de mi presentación, me había recomendado acostarme pronto para no perder el autobús. Pero como ella estaba hablando con un poeta dominicano que me robaba protagonismo y yo estaba poseído por el demonio de la crítica, despotricando contra la *Generación Nocilla* española (el Centro Cultural de España en Buenos Aires pagaba sus ediciones argentinas), no le hice caso.

Esas eran mis justificaciones en el autobús. El paisaje de Buenos Aires a Rosario era monótono. Qué más puedo decir. Imagino que producto de la explotación de la soja transgénica que tan buenos datos económicos está dando a Argentina. Tanta fealdad geográfica no podía deberse sino a los beneficios sociales del kirchnerismo, pensé, aunque luego olvidé preguntárselo a nadie.

La entrada a Rosario fue lenta. Ya habíamos llegado, pero la colonia de casas bajitas con taller se alargaba y se alargaba. Es decir, puedes entrar a una ciudad rápido cuando la ciudad es pequeña. Si la ciudad es la segunda o tercera más grande de Argentina, como me dijeron de Rosario, pues entonces entras despacio. Y hay diferentes modos de entrar despacio. Puedes encontrar barrios y barrios con el gigantismo desaforado de Buenos Aires (o México DF), pero no en Rosario. En Rosario todo forma parte de un continuo provinciano de casas con talleres de automóviles que podría considerarse zona humilde, un extrarradio demasiado grande para su ánimo de ciudad pequeña. La ciudad había crecido, pensé, muy a su pesar.

En la estación nadie me estaba esperando.

En el hotel República creí distinguir a varios poetas. Y mientras esperaba a que me prepararan la habitación, me hice el sueco ante las miradas ansiosas de los poetas belgas, poetas con pantalones blancos y fular.

Cuando no había nadie en recepción, el conserje del hotel, joven, bien peinado, con voz grave impostada, un traje negro demasiado grande, zapatones y ojeras desproporcionadas como de niño, miraba un partido de fútbol en la tele con el labio caído.

Y entonces me encontré con el poeta dominicano Juan Dicient.

La noche anterior había venido a mi presentación en Buenos Aires, y aunque era muy amigo de Luis Chaves, no me cayó bien. Estuvo toda la noche hablando con Mercedes Álvarez. Y antes con una novia gringa que había hecho no sé cuántos kilómetros para verlo. Con lo bajito que es (aún más bajo que Chaves y que yo) qué extraño atractivo para las mujeres, pensé. Pero como no conocía a nadie más y tenía similar expresión de apatía y común desprecio por los poetas con pantalones blancos, salimos juntos a buscar un sitio para comer.

No paraba de llamarme Epaña.

—Epaña, ¿dónde crees que puedo encontrar *Lo mío*?

—Epaña, ¿a ti qué te gusta comer?

—Ay, no, Epaña, loco.

Al llegar al paseo del Paraná tuvimos, súbitamente, una epifanía. Pero no una solitaria, como un paseo por la nieve, en los Alpes.

Más bien el tipo de iluminación que se tiene en una discoteca, entre cuerpos sudorosos. Aquello era el paraíso de las hormonas. Miles de adolescentes en pantalones cortos y camisetas de baloncesto, apretados y bullentes, se tiraban rodando por las colinas de hierba de la plaza de España (alrededor una especie de enchufe gigante de ladrillo rojo).

—Epaña, qué es esto, loco.

—Esto es la fertilidad. Vienen a reproducirse a esta provincia alejada.

—Ay, Epaña, ¿tú ha vito?

—Tiene trece años, no la mires.

Por arte de magia habíamos llegado al centro del mundo, el núcleo duro del planeta humano, el embrión, el meollo. Nos quedamos en una terraza mirando ese exceso de la carne alzándose contra el tiempo y comimos un filete con una sábana de queso encima, encebollada y con tomate, un matambrito.

La cerveza estaba caliente.

—Ay, no, Epaña, esta servesa, muchacha, ¿no tiene la servesa fría? ¡No, po favó! Epaña, no saben decí de nada.

Cada vez que la camarera se acercaba para traernos otra cerveza caliente Dicient gritaba:

—No, po favó!

Y luego decía cosas como:

—La rosarina justifican su gentilicio de tallo pero sólo puedo miralas como un tío.

Y la camarera le ponía ojitos.

Luego seguimos paseando río arriba y río abajo, la corriente marrón turbia del Paraná, la calle Illia, los matorrales de la otra orilla, y la irreal sensación de que éramos casi adolescentes.

Pillamos unos litros de cerveza y nos sentamos al lado de unas quinceañeras. Juan no consiguió *Lo suyo* de unos chicos malos, ya para entonces *Lo nuestro*, pero de todas maneras qué felicidad. Nos sentíamos pletóricos.

Aun así no pudimos evitar hablar de literatura.

—Entonce, Epaña, conocite a Walcott.

—Sí, lo invitamos a Cosmopoética en Córdoba, España. Le pregunté por Williams; dijo que William Carlos Williams había terminado con la música, que era una poesía de blanquitos, sin ritmo, que odiaba el blues y el calipso, que había terminado con la música en poesía, que era el típico intelectual blanco. Yo le dije que quizá Williams había inventado un nuevo tipo de música, que espaciaba los puntos de apoyo, que "diluía el tiempo", como Mahler o Feldman, y él me contestó que esa era la típica pregunta de alguien joven. Yo le dije: nosotros no somos jóvenes, somos



para el temple provinciano, hubieran crecido muy a su pesar. El poeta extranjero que llega a leer sus versos en el Festival Internacional ingresa lento hasta la costa para descubrir allí el centro del mundo, el núcleo duro del planeta humano. TEXTO CARLOS PARDO | FOTO: HÉCTOR RIO

posmodernos. A nosotros nos gusta usted.

—Qué cojone lo de Walcott. Un típico intelectual blanco, virgen de la altagracia. Hablá mal de William Carlo William, un señor que además era doctor, e decí, que en la mañana curaba a una muchachita de meningiti, en la tarde sanaba con placebo a una vieja judía, y llegaba a su casa y escribía Spring and all, y seguro que además besaba a su mujer de buena noche, y además defendió a Pound en el fucking juicio ese. Qué cojone Derek Walcott. Me encanta la poesía de Walcott.

Descubrimos que éramos dos hermanos de siglo separados en dos continentes: uno nacido en el Caribe y otro en la decadente España, llegados al Paraná, donde la vida se reproducía con el frenesí de la desovación de una ballena.

—Epaña, las ballenas no desovan, son mamífero.

—Bueno, pues de un esturión.

En la cena agradecemos a los organizadores del festival habernos invitado al único sitio donde los adolescentes son una entidad política.

Allí se nos unió Luis Chaves.

Ya no nos separaríamos, ni esa noche ni al día siguiente ni nunca más. Ya podíamos ir los tres juntos a todas partes en busca de *Lo nuestro*.

Dicent llama a la puerta de la habitación para saber si estoy despierto.

—Ay, Epaña, loco. Esto no puede ser. Aquí nadie tiene *Lo nuestro*. ¡Qué mielda—Nos equivocamos de bar, eso es todo. Ya verás esta noche.

—Te dite cuenta de que era un sitio peligroso? Ay, no, loco.

—Sí, y era un karaoke.

—Dijeron: el único sitio abierto, pero é un sitio peligroso.

—Y era un karaoke familiar.

—Ay, no, loco, ¿dónde estamos?

—Estamos a salvo. Está bien así.

Chaves también llamó a la puerta de mi habitación:

—Qué hacen?

—Aquí, rememorar el karaoke —dije.

—Pues yo creo que hoy van a conocer la ciudad de verdad.

—Pero si era la ciudad de verdá —dijo Dicent—. La ciudad es muy bonita. Tiene calles pequeña, el Parque de la Independencia.

—La culpa es de ese amigo de ustedes, Gregorio —dijo Chaves.

—Gervasio. Ay, Epaña, qué bueno el poema de Gervasio.

—Y qué buena persona. Gervasio Monchietti.

—Pero les mandó a un karaoke.

—El poema de su padre que é mecánico: Los hijos, si no vienen, / é porque funcionan.

—Sí, pero ayer les ganamos en la lectura —dije—. Yo nunca me había sentido tan comprendido. En España mis poemas no se entienden, pero aquí en Rosario parecen la cosa más sencilla del mundo.

—Eso porque cita a Freud, Epaña.

—Es el único festival de poesía donde los organizadores son buenos poetas —dijo Chaves—. Lo nuestro es *stand up poetry* y aquí comprenden eso.

—Pero nosotros somo má grande —dijo Dicent—. O má pequeño pero mejore. Como Brodsky, Heaney y Walcott. Lo tre minore.

—Los tres menores van a tener *Lo suyo* esta tarde —dijo Chaves—, porque viene Garamona.

Esa noche vino Garamona y todo se solucionó, si bien de un modo que no nos esperábamos, porque Garamona nos obligaba a cambiar de acera si queríamos *Lo nuestro*. Debíamos dejar de lado a la gente simpática de Rosario, unos "perdedores", según Garamona, gente como Gervasio, el mejor poeta que habíamos escuchado, y cruzar de calle y

mirarlos con desprecio, mientras Garamona, preso de no sé qué locura, intentaba quemar el pelo de los viandantes rosarinos con un mechero.

Así que tuvimos que juntarnos con la violenta elite bonaerense. No sólo Garamona, con su evidente talento para el caos, sino también su novia, una artista underground, la Lydia Lunch de Buenos Aires (que leía jadeando sus poemas sobre traumas infantiles por lo guapa que era), además de un tío rubio grandón con pinta de surfista y todos los asistentes a una fiesta de modernos en un centro Cultural llamado Ivan Rosado.

O sea que cuando conseguimos *Lo nuestro yo*, en un ataque de vanidad, me había apuntado a leer justo después de una poeta uruguaya que imitaba el graznido de un ave tropical y antes de la novia de Garamona, y me estaba dando una taquicardia, así que leí mi poema de mi padre moribundo, ese en el que le cambio de pañal, sin saber qué postura coger, y lo leí fatal, y entonces el pañal de mi padre se fue al olvido, engullido por el jadeo monocorde de la novia de Garamona.

Después, ya con *Lo nuestro*, los tres, Chaves, Dicent y yo, salimos a patearnos la ciudad. Fuimos a todas partes. No me preguntéis dónde. Todas las calles tenían nombres de provincias españolas y en los bares bebimos las mismas cervezas y comimos, ya tarde, las mismas hamburguesas. Hicimos un montón de amigos de Rosario. Es la ciudad más amigable que he conocido. Y muy barata. Nunca he sido más feliz.

Leímos por la mañana. En una plaza cuyo nombre no recuerdo. Dicent y yo estuvimos fatal. Ahí Chaves nos ganó.

La última mañana se habían ido sin mí.

Estaba hablando con una poeta rusa que quería darme un libro cuando Dicent salía de su habitación, en mi misma planta. Él pensó que me molestaba y se fue, pero yo quería ir con mis amigos, no con la poeta rusa, y mis amigos se habían ido por ahí.

En el hall del hotel esquivé a un poeta mejicano que estaba gafado (le habían robado mil dólares, pero, ¿quién coño va paseando por ahí con mil dólares?) y salí a buscar a mis amigos a la plaza de España. Y luego volví a una calle con librerías. Y al Parque de la Independencia. Y la ciudad estaba azul y limpia y ya no había adolescentes por la calle, porque aquello había sido la celebración de la fiesta de la primavera, sino una simpática muchedumbre de mediana edad que se cubría los ojos porque había demasiada luz para una despedida, como dice el poeta, y me fui al restaurante donde los poetas del festival comeríamos nuestra última comida, a ver si ya habían llegado mis amigos, un sitio junto al Paraná, bajando unas escaleras de hierro, hacia el lodo marrón selvático, un lugar idílico, pero sólo habían llegado los europeos que comen a primera hora y tuve que sentarme con el poeta belga del fular y empezar a comer porque mi autobús salía una hora después, directo al aeropuerto.

Cuando quedaban veinte minutos aparecieron Dicent y Chaves y me senté con ellos, sólo para abrazarnos como tres siameses.

El autobús iba con retraso.

En vez de soja, ahora la carretera me pareció llena de gasolineras.

Perdería el avión.

En el avión me toca al lado del baño.

El vecino lee a Filloy. Le dice a su novia:

—Durante un año dormí en un banco de Montmartre.

Y ella le quita el libro y lee una página y se lo devuelve.

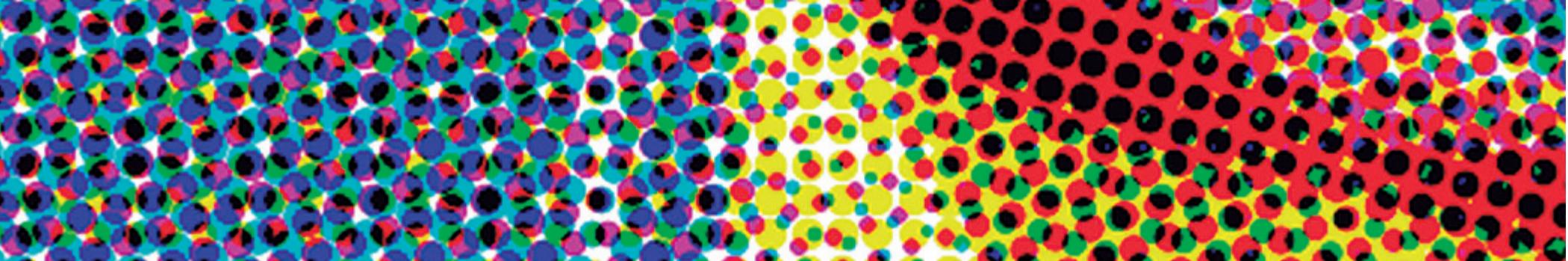
Aún estoy en el avión. La gente se apelotona en el baño. El de atrás se cuelga de mi respaldo cada vez que sale a mear. Aquí siempre mean los mismos. Una especie de incontinencia gregaria.

Los olores de un hospital. La casa de mi padre. Y tronando, como un aviso de lo que me espera, el acento español, español de España, que todo lo interroga y todo lo compara porque todo lo sabe.

—Calla, Epaña —digo.

El autor nació en Madrid en 1975. Es escritor, editor y librero. Hizo estudios de Filología Hispánica. Publicó, entre otros, los libros de poemas *Desvelo sin paisaje* (2002) y *Echado a perder* (2007), y la novela *Vida de Pablo* (2011).





La actividad portuaria vinculada al modelo económico agroexportador, que convirtió la villa en el principal puerto de salida de la producción cerealífera de la provincia, atrajo, desde la década de 1890, un alto número de inmigrantes hispanos de las más diversas procedencias regionales. Castellanos, leoneses, andaluces, asturianos, vascos, catalanes habitaron en un principio los distritos céntricos, para instalarse al ritmo de la expansión urbana, en las nuevas barriadas industriales de la periferia. **TEXTO: JOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS**

La ciudad de Rosario, al igual que la provincia de Santa Fe, no se quedó al margen del fenómeno de la inmigración masiva que, procedente de España, se dirigió a la República Argentina en el período comprendido entre 1880 y 1930. Como es bien conocido, alrededor de dos millones de ciudadanos españoles llegaron en ese período a las orillas del Plata, y de ellos alrededor de un 60 por ciento (1,2 millones) se estableció definitivamente en el país. Eran el segundo grupo en importancia, después de los italianos (1,5 millones). Según las entradas de pasajeros de ultramar entre 1878 y 1927, un 46,2 por ciento de los ingresos correspondió a los inmigrantes italianos, seguidos de un 32,88 por ciento de españoles, y un 20,9 por ciento de muy diversas procedencias. El punto álgido de las llegadas de inmigrantes desde España se registró en las dos primeras décadas del siglo XX, cuando su número superó en términos absolutos al de los transalpinos. Desde mediados del XIX, la presencia de vascos peninsulares de ciudadanía española también había sido característica de algunas zonas rurales, así como de los núcleos cercanos a Buenos Aires y de las localidades del interior de la provincia bonaerense. A ellos acompañaron algunos gallegos y asturianos, ya presentes en proporción apreciable desde los últimos tiempos del período colonial.

La inmigración española se concentró de modo especial en los grandes núcleos urbanos del litoral, tanto en la provincia de Buenos Aires como en Santa Fe, y en menor medida en provincias como Córdoba y Mendoza. En 1914, un 73 por ciento de los inmigrantes españoles estaban radicados en áreas urbanas, una proporción mayor que en otros grupos inmigrantes. Un 10 por ciento de los mismos se ubicó en la provincia de Santa Fe, y porcentajes meno-

res se asentaron en las de Córdoba y Mendoza. Igualmente, el colectivo español demostró una mayor propensión que otras comunidades inmigrantes a concentrarse en las actividades terciarias urbanas, aunque de modo más o menos acusado según las procedencias regionales. Gallegos, asturianos y montañeses mostraban una mayor preferencia por el comercio y los servicios que castellanos, leoneses, valencianos o andaluces, además de los vascos. Además, un alto porcentaje de los españoles se concentró en la ciudad de Buenos Aires, tendencia especialmente acusada entre el contingente territorial mayoritario de los mismos, los gallegos, que suponían alrededor del 50 por ciento del conjunto de los inmigrantes españoles en la capital.

La distribución por regiones de procedencia, empero, era más variada en las ciudades del litoral y del interior argentino, tanto en las de fundación reciente (caso de Mar del Plata o La Plata) como en las de mayor tradición desde el período tardocolonial, como Córdoba, Santa Fe y Rosario. En esta última, la actividad portuaria vinculada al modelo económico agroexportador, que convirtió a la ciudad en el principal puerto de salida de la producción cerealífera de la provincia de Santa Fe, atrajo además, desde la década de 1890, a un alto número de inmigrantes españoles de las más diversas procedencias que, después de un tiempo empleados en el sector terciario, se trasladaron definitivamente a Buenos Aires.

Ciertamente, hubo en la provincia de Santa Fe contingentes apreciables de inmigrantes españoles que residían en el campo, dedicados a cultivar la tierra como arrendatarios o pequeños propietarios, además de desempeñarse como intermediarios comerciales e inversores

en tierras. Como en otras zonas del interior argentino, diversos grupos de colonos agrícolas procedentes de un mismo lugar en España se ubicaron en localidades determinadas, a las que sus parientes y convecinos arribaban después a través de redes microsociales. Por poner un caso, así ocurrió con los naturales de la isla de Ibiza en la ciudad de Santa Fe y algunas poblaciones de los alrededores como Santo Tomé. Varios de ellos fueron auténticos pioneros, que acumularon grandes fortunas como propietarios de tierras, e inversores en actividades inmobiliarias y agropecuarias.

Sin embargo, la preferencia de los inmigrantes ibéricos en Santa Fe fue claramente la ciudad de Rosario. Ésta se convirtió, aunque muy por detrás de la capital federal, en el segundo centro receptor de inmigrantes españoles de la Argentina en el período 1880-1930. En Rosario residían casi la mitad de los 84.648 españoles que habitaban en la provincia santafesina hacia 1914. De una magra población de 1.118 españoles en 1869, la ciudad del Paraná pasó a contar con 40.256 habitantes nacidos en España en 1914, y con 66.459 habitantes en 1926. Aunque en términos absolutos y relativos estuvieron bastante por detrás de los inmigrantes italianos, principal aporte migratorio en la urbe rosarina y anterior en su llegada, el aporte ibérico al fuerte crecimiento demográfico que registró la ciudad en el primer cuarto del siglo XX fue muy significativo, y aumentó además en proporción con el tiempo. Si en 1887 los españoles suponían el 6 por ciento de la población urbana de Rosario, y los italianos un 23 por ciento, en 1926 los primeros totalizaban un 16 por ciento de los rosarinos, por un 19,6 por ciento de transalpinos.

Los inmigrantes españoles en Rosario se

Los españoles en Rosario de Santa Fe

dedicaron a un abanico de actividades que era, considerado de forma genérica, muy similar al que les caracterizaba en Buenos Aires. Vinculados al sector comercial y terciario en general, habitaron en un principio los distritos céntricos, para instalarse después en los nuevos barrios industriales de la periferia, a medida que la expansión urbana de Rosario trajo aparejada una diversificación creciente de las actividades productivas, particularmente en la industria. Los españoles pasaron entonces a residir en barrios como Talleres del FCA, Aguas Corrientes y Barrio Refinería conforme avanzaba el siglo XX, empleándose en sectores como las actividades portuarias no cualificadas, la construcción de líneas férreas, la construcción residencial y las obras públicas. En 1906 el colectivo español de Rosario se caracterizaba por el predominio de trabajadores a jornal (42,5 por ciento), seguidos de empleados (21,5 por ciento) y comerciantes (17,5 por ciento).

Sin embargo, el colectivo español de Rosario también presentaba algunas peculiaridades respecto al modelo canónico y mejor conocido de Buenos Aires. Sobre todo, en lo relativo al peso dentro de la comunidad de las distintas procedencias regionales. Frente al claro predominio de los gallegos en la capital federal, equiparable o superior al 50 por ciento, apenas un 10-11 por ciento del colectivo español establecido en Rosario procedía de Galicia. Castellanos de la antigua región de Castilla la Vieja y leoneses constituyeron en Rosario el 23 por ciento del total español, mientras que los andaluces llegaban a representar en 1914 una cuarta parte del mismo. Había igualmente porcentajes importantes de asturianos y de españoles de otras procedencias, además de una presencia significativa de vascos y de catalanes, especial-

mente relevantes entre la élite comercial de la ciudad. Todos ellos conferían una fisonomía propia, pero polícroma en sus matices identitarios, al colectivo español. Dentro de cada grupo regional y hasta local se registraron especializaciones productivas concretas, determinadas a menudo por el éxito de los pioneros en un ramo determinado. De este modo, si los baleares progresaron en el sector de la panadería, los asturianos lo hicieron en el negocio de los bares, los almacenes y la distribución y venta de tabaco, y los gallegos ocuparon posiciones en los oficios relacionados con la carpintería de barcos, y la descarga y tráfico de mercancías portuarias. Además, muchos inmigrantes que se establecieron en el sector del comercio minorista en Buenos Aires habían pasado etapas de su periplo migratorio, de forma más o menos esporádica, en Rosario. Finalmente, al igual que en otras ciudades, el colectivo español se caracterizó por una alta tasa de endogamia, que aumentó además entre 1900 y la segunda mitad del siglo XX gracias al aumento de la presencia de mujeres dentro del flujo inmigrante, si bien la exogamia de las féminas españolas era mayor entre 1900 y 1914 que la de las italianas, como parte de una estrategia de ascenso social destinada a desposar varones de mayor posición, en buena parte argentinos.

Algunos patriotas entre dos mundos

A principios del siglo XX, y como en otras ciudades argentinas, existía ya en Rosario una élite comercial y financiera de inmigrantes españoles bien consolidada, con base sobre todo en sectores como el comercio de comestibles, en particular cereales, y de importación. Varios de ellos llegaron a ocupar puestos importantes en los círculos económicos y financieros de la ciu-

dad. Y estuvieron también, junto con algunos expatriados de ideas republicanas, detrás de las iniciativas para articular un tejido asociativo de la colectividad española en Rosario. Comerciantes y propietarios urbanos y rurales que dejaron impronta en la vida económica y social de la ciudad, como los gallegos José Piñeiro (?-1909) y Manuel y José Arijón (1852-?), el asturiano Angel García Fernández, o los catalanes Toribio Sánchez Beltrán de Guevara (?-1928) y Miguel Montserrat, entre otros muchos, unieron sus esfuerzos a los de aquellos expatriados para representar los intereses de la comunidad española de Rosario, además de para crear una red de mediación entre esos mismos intereses, la imagen de la comunidad, las autoridades españolas y rosarinas, y el Estado argentino.

La élite hispana de Rosario conformaba un tejido de amistades, redes sociales y lugares de sociabilidad en el que las ideas regeneracionistas para España y el republicanismo importado del Viejo Continente se combinaron de modo ecléctico con los nuevos estímulos que ofrecían diversas iniciativas de la política argentina, que iban desde el reformismo de Joaquín V. González, hasta el socialismo austral. Los empresarios e intelectuales reformistas españoles constituían así una suerte de red de notables con posiciones oscilantes entre el socialismo ilustrado de Juan B. Justo, el radicalismo y la reforma social, pero sin veleidades revolucionarias. Y en Rosario esas élites encontraron además unas posibilidades francas de ascenso social y de influencia política en el ámbito local y provincial, constituyendo un elemento fundamental de la nueva élite sociopolítica de las ciudades del interior argentino, más dispuesta a integrar elementos *advenedizos* que la élite criolla de Buenos Aires.

El autor nació en Ourense en 1966. Es catedrático y director del departamento de Historia Contemporánea y de América en la Universidad de Santiago de Compostela. Publicó, entre otros libros, *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, representaciones e identidades dos galegos na Arxentina* (2002), *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945* (2007) y *Patriotas y demócratas. El discurso nacionalista español después de Franco* (2010). El texto que aquí se presenta es un fragmento de su ensayo "Notas sobre Los españoles en Rosario (1934): Una vindicación republicana de la inmigración española en la Argentina".



Un país en una ciudad

MUNICIPALIDAD DE ROSARIO
MR
aecd
CCPE AECID
Centro Cultural Parque de España

Periódico de arte, cultura y desarrollo del Centro Cultural Parque de España. Sarmiento y el río Paraná, Rosario, Argentina. E-mail: info@ccpe.org.ar Web: www.ccpe.org.ar

Twitter: @ccpe | Facebook: Centro Cultural Parque de España

Transatlántico.